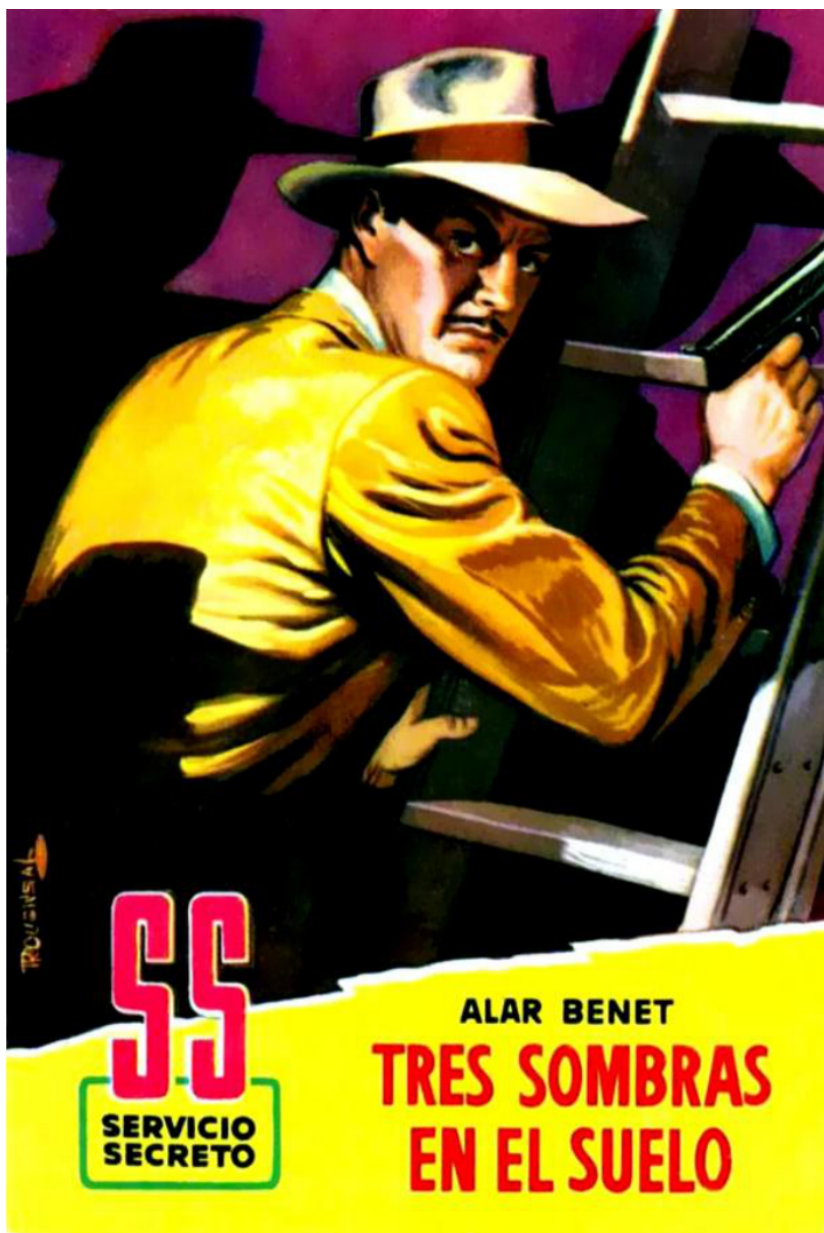




ALAR BENET

Tres sombras en el suelo

1.ª EDICIÓN
AGOSTO 1954



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

316 — El triángulo de la muerte. 324 — Pasado de sangre. 329 — Muerte en la Rocosas.

En Colección BUFALO:

25 — La sombra de la cuerda. 39 — Saloon City
41 — El hijo del Gun-Man.

En Colección SERVICIO SECRETO:

147 — Lucha en la sombra. 153 — Burlando la muerte. 169 — Un cadáver tras sus huellas. 171 — La ciudad maldita. 174 — Trágica herencia. 177 — Asesinato en el Waldorf. 181 — El criminal nunca escapa. 187 — El inspector fantasma. 194 — Con la muerte a la espalda. 196 — Vacaciones de sangre.

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición
Impreso en G. Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

«Considero un deber advertir que los personajes y sucesos de la presente novela son imaginarios, y que cualquier parecido con personas o hechos reales es fruto de la coincidencia.

»Y debo rendir un homenaje de cariño al pueblo portugués y desear que «TRES SOMBRAS EN EL SUELO» sea del agrado de los lectores.

»ALAR BENET.»

Tres sombras

en el

SUELO

por **ALAR BENET**



CAPÍTULO PRIMERO

—¡Calla! ¡Estás borracho!

Las irritadas palabras de Leo Kerr sonaron como trallazos, dominando la algarabía de la taberna en la que hombres y mujeres charlaban y bebían, sin prestar atención a lo que no fuesen los propios problemas, derivados en parte de vicios y carencias económicas.

En el establecimiento congregábanse todas las noches los que por desarrollar sus actividades en el puerto no se alejaban de él ni en las horas de descanso, cual si las turbias aguas les atrajeran con un secreto poder. En torno a descargadores, marinos y obreros, numerosos seres de ambos sexos, favoreciendo desviadas inclinaciones con olvido de la moral y la ley, iban resolviendo los angustiosos problemas de la diaria subsistencia.

El local, no muy amplio, con el aire enrarecido por el humo del tabaco, se hallaba situado en la rua de Sacramento, a corta distancia de los cuarteles de la Guardia Nacional Republicana y de Marineros, y era uno de los más populares de las proximidades de Doca de Alcántara, en el Tajo. El propietario, José das Neves, oriundo de Peniche, un pueblo costero dedicado íntegramente a las faenas de la pesca, aproximóse a Leo Kerr al escuchar su irritada frase.

—Perdona que me mezcle en lo que no es de mi incumbencia. Michael Wood lleva unos días enfermo. Todos somos sus amigos. Tú también. Permanecisteis varios años en el mismo barco. Acompañale a casa. Necesita dormir.

Los labios del que, con la mano izquierda en derredor de una botella de vino, miraba con fiereza a Leo Kerr, se plegaron en una mueca de amargura.

—Déjanos, José. Se ha olvidado de muchas cosas. ¿A qué recordarlas? El capitán Wood murió hace años, víctima de la niebla. Lo único que resta de él es un borracho, pobre y enfermo. Kerr es

una persona importante, de mala memoria. Les suele suceder a los que se encumbran. Sin embargo... ¡una palabra mía puede dar con sus huesos en la cárcel!

—¡Michael!

—No temas. No la pronunciaré. Trae más vino, José. Hoy no podré pagarte. Leo no quiere hacerme un anticipo.

Alejóse el tabernero, y de nuevo quedaron solos los dos hombres. Kerr, amenazador, dijo al que le acompañaba:

—¡Quieta la lengua, Wood! ¡Quieta o...!

Su tono de voz era un susurro que hizo estremecerse al que, sin responder, aguardó el regreso de José das Neves para llevar la botella de vino a sus labios, agotando el contenido de dos sorbos. El dueño del establecimiento, con gesto entristecido, volvió junto a una joven de rostro delicado y extraordinaria belleza, en cuyos ojos había huellas de lágrimas.

—¡Se está matando!

José das Neves, miró a la muchacha con ternura.

—¡Qué sabes tú de la vida, hija! Me temo que lo busque. Vuelve adentro con tu madre. Las mujeres no comprendéis determinadas cosas.

—¡Pobre Tommy!

—Él ya es un hombre, y sabrá defenderse cuando Michael le falte. Celebro que seáis amigos. Todo se lo debemos al capitán Wood. Él nos prestó dinero para instalar esta taberna que es nuestro único recurso.

—Lo ignoraba, papá.

—Otro día te contaré esa historia. Quizá entonces empieces a comprender mejor a los que, como buenos ingleses, se sienten más en su patria cuando pisan las tablas de un navío. Vete ya. No me gusta que te vean aquí. Hay algunas mujeres que... ¡Vamos!

La muchacha, ante el tono perentorio de su padre, no supo oponerse y abandonó el local por una puerta contigua al mostrador. José das Neves ocupóse en atender las solicitudes de algunos clientes. El camarero que le ayudaba todas las noches había tenido que marcharse para estar junto a su esposa en el difícil trance de la maternidad, y el trabajo le absorbió hasta tal extremo que olvidóse de Leo Kerr y Michael Wood, quienes continuaban el diálogo en voz baja. El excapitán de la Marina Mercante, notando en sus sentidos

los efectos de la última libación, tornó a pedir a su antiguo camarada:

—¡Dame ese anticipo! No lo emplearé en vino, como insinúas. Lo quiero para el chico. Él ha de seguir la tradición de la familia.

—¿No te basta el sueldo que ganas?

—Demasiado sabes que no. Percibo una miseria, lo preciso para no morir de hambre.

—A tono con lo que haces. No ignoras la forma de conseguir el doble de lo que solicitas. Si te obstinas en tu puritanismo, arréglatelas como puedas.

—¡Es inútil que insistas!

—Los padres se sacrifican por sus hijos. ¡Demuestra que quieres a Tommy!

—¡Por él no me hundiré! ¡Está orgulloso de mí! ¿Pretendes que me desprecie?

—Me limito a indicarte el remedio a tu problema. Eres dueño de seguir o no mi consejo. Como cajero de la Empresa no te daré ni un centavo. El jefe me ha ordenado no hacerlo.

Michael Wood, poniéndose en pie, agarró por las solapas a su interlocutor.

—¡Fletcher Zanuck es un miserable como tú! ¡Voy a mataros a los dos!

Leo Kerr, con desprecio, propinó un empujón al que le sujetaba quien, en inútil esfuerzo por sostenerse en pie, al retroceder unos pasos, perdido el equilibrio, desplomóse contra una de las mesas inmediatas, derribándola. Los que la ocupaban no tuvieron tiempo de apartarse y cayeron junto al excapitán, que no cesaba de gritar:

—¡Te mataré!... ¡Te mataré!...

En la taberna reinó el confusionismo. José das Neves aproximóse a Wood, ayudándole a incorporarse. Como algunos protestaron contra el beodo, en particular los más directamente perjudicados, le acompañó al exterior, aconsejándole:

—Da un paseo y reúnete con Tommy. ¿Qué diablos te pasa con Kerr?

—¡Ese sujeto no merece vivir!... Hará un bien a la humanidad quien le...

—¡Calla! No piensas lo que dices. Ve con tu hijo. Son las once de la noche. Te estará esperando. Mañana os invito a comer a los dos.

¿Vendréis?

—Sí, José. Tú eres mi amigo, mi único amigo.

Michael Wood, conmovido, anduvo por la rua de Sacramento, a través de las de Torre de Pólvora y Valadín, alcanzó la avenida de la India. El excapitán de la Marina Mercante ignoraba que delante de él, a cien metros de distancia, Leo Kerr iba mascullando juramentos al recordar la desagradable escena de la taberna.

¡Era inconcebible la obstinación de Wood! Kerr, tan apegado a los bienes materiales, no comprendía que nadie pudiera despreciar un «contó»[1], fuese cual fuese el trabajo que hubiera de hacerse para conseguirlo.

—¡Maldito testarudo! El hambre le hará más dócil. Mañana ordenaré que le despidan.

No había terminado Leo la última frase, cuando se detuvo, inmóvil de terror. Tres sombras, agigantadas por la luna, parecieron envolverle. Kerr, espantado, gritó:

—¡No!... ¡No...!

Quiso huir, pero sus piernas negáronse a secundar su pensamiento. Las tres sombras le cercaron, y oyóse un ruido sordo y un quejido de agonía. Después las fantasmales apariciones apartáronse de él, y, proyectadas en el suelo, permanecieron quietas hasta verle desplomarse sin vida.

—¡Vámonos! —dijo una voz bronca—. Alguien se acerca.

Las tres sombras se movieron, y desvaneciéronse al recibir la luz de la luna, apareciendo más tarde en la rua Marqués de Marialva, junto a la línea férrea, para perderse por fin en la distancia.

En tierra, muerto, Leo Kerr. Un puñal sobresalía en su espalda, por la que brotaba la sangre, empapando sus ropas.

El silencio era roto por lejanos «cláxones» de automóviles, y el monótono chirriar de los tranvías eléctricos. Lisboa, cuna de Camoens, situada en el estuario del río Tajo, que se estrecha en su desembocadura para constituir un magnífico puerto, iniciaba su vida nocturna, plena de luces y placeres, orgullosa de ser considerada una de las capitales más bellas de Europa.

Michael, que se había detenido a unos veinte pasos del cadáver, sin divisarlo aún, dirigió su mirada a las aguas del río, mientras en su mente agigantábanse las evocaciones.

Cinco años antes, Wood era uno de los más famosos capitanes

mercantes, y las compañías navieras se disputaban sus servicios por ser el único oficial que en treinta años de navegación no conoció el naufragio, el choque con otros buques o la pérdida de la mercancía. Su puntualidad y su pericia le hicieron célebre en Portugal.

De pronto, cual si la fortuna se hubiese cansado de prodigarle sus favores, acontecieron los trágicos sucesos que tanta influencia iban a tener en su futuro. La muerte de su esposa, el abordaje a causa de la niebla con un vapor de matrícula holandesa en el Canal de la Mancha, el hundimiento del barco...

Wood movió la cabeza en un vano deseo de alejar de su cerebro las tristes ideas que le asaltaban, como otras veces, al percibir el aroma del próximo océano al que tenía vinculada su existencia. Sólo se salvaron ocho hombres de la tripulación, entre ellos el piloto Leo Kerr a quién, por amistad, impuso siempre a las casas armadoras.

Al no disponer del anticipo que su antiguo compañero le negó, su hijo Tommy no podría prepararse para iniciar los estudios de Náutica. Michael le enseñó mucho; mas era necesario convencer con teorías a los miembros del tribunal examinador. «No ignoras la forma de conseguir lo que solicitas». La frase de Kerr, obsesionándole, le hizo vacilar unos segundos.

¿Y si aceptará la proposición? Su honradez natural, imponiéndose, venció en la breve lucha entre el bien y el mal. Había inculcado a Tommy un alto concepto del honor. ¿De qué iban a servir sus enseñanzas, sus palabras, si él, con sus acciones, se inclinaba por lo contrario?

Reanudó el camino, sin rumbo fijo, deseoso de serenarse. El «vento roteiro» le acariciaba el rostro, contribuyendo a despejar su cerebro de los vapores alcohólicos.

No deseaba para su hijo el duro aprendizaje de la marinería sino las consideraciones propias de un oficial alumno en prácticas. Quizá fuese mejor que Tommy se enrolase en cualquier navío y...

Los pies de Michael Wood, que pisaban no muy seguros sobre el empedrado de la calle, tropezaron con un obstáculo. El instinto le hizo extender las manos para evitar el duro golpe, y notó que resbalaban al posarse en el cuerpo de un hombre, al tiempo que algo las humedecía. Era un líquido viscoso y caliente.

Al incorporarse con trabajo, Wood miró sus dedos, viéndolos

tintos en sangre, y por vez primera pareció darse cuenta de que algo horrible le amenazaba.

Inclinóse sobre el que, en grotesca postura, no daba señales de vida, y al contemplar su cara palideció intensamente.

—¡Leo Kerr! ¡Le han apuñalado!

Tomó el mango del acero con su mano derecha, soltándole cual si le hubiera producido una quemadura. Si encontraban sus huellas dactilares era hombre perdido. Fue a borrarlas con su pañuelo, pero una voz enérgica le inmovilizó:

—¡Quieto! Le estamos apuntando. ¡Póngase en pie, con los brazos en alto!

Michael Wood obedeció. No le quedaba otro remedio. Tampoco quería enfrentarse con los que afirmaron encañonarle. Mordióse los labios al reconocer a dos miembros de la Guardia Fiscal[2], quienes, sin duda, patrullaban por el muelle para impedir el contrabando. Una tristeza infinita apoderóse de su alma. Despejada de la embriaguez por la brisa, el brusco choque emocional y el grave peligro de ser acusado de un crimen del que no era culpable, dióse cuenta de cuál era su situación.

—Trocé y caí sobre él —dijo, con voz trémula.

—Sobran las explicaciones —repuso uno de los guardias—. Vi cómo intentaba borrar las huellas del puñal. ¿Está muerto?

La pregunta no iba dirigida a Michael, sino al otro representante de la Ley que, de rodillas, examinaba el cuerpo.

—Sí —fue la seca respuesta.

—Quédate aquí, mientras llevo a este hombre al cuartel más próximo. Regístrale.

Wood se sintió cacheado, mientras un revólver clavábase en su espalda. Le parecía vivir una horrible pesadilla. Tal vez despertase de un momento a otro para encontrarse en su domicilio, dormido sobre la mesa del comedor, como otras noches.

—Vamos. No te aconsejo que intentes huir.

—¡Soy inocente!

El guardia fiscal encogióse de hombros, con indiferencia.

—Cuéntaselo al juez. En mi informe haré constar lo que he visto.

Al cruzar la avenida de la India y adentrarse en la rua Valadín, un joven que caminaba en sentido inverso, acercóse a Michael Wood, palideciendo al ver quién le seguía.

—¡Papá! ¿Qué ha ocurrido?

—Nada, hijo. Vuelve a casa y...

—No. ¿Por qué te llevan como a un criminal? Rosa me llamó por teléfono para que fuera a buscarte a la taberna de su padre. José me ha contado que te peleaste con Leo Kerr.

El representante de la Ley, hombre áspero, poco dado al sentimentalismo, aproximóse al muchacho, en cuyo rostro vibraba la ansiedad.

—¡Ven con nosotros! Tal vez sea conveniente interrogarte.

Wood protestó airado.

—¡Él nada tiene que ver con esto! Ya ha oído que estaba en casa.

—No importa. Así podrán hablar lo que quieran. ¡No me obliguen a emplear la fuerza!

—No te opongas, papá. Es mejor que te acompañe. No debo ni quiero dejarte solo. ¡Dime lo que ha sucedido!

Michael inclinó la cabeza con pesadumbre. Le avergonzaba verse así delante de Tommy. A nuevas instancias del joven, refirió cómo, después de una discusión con Leo Kerr, había salido a dar un paseo. No quiso omitir las circunstancias que aparentemente le condenaban.

—¡Yo no lo hice! —terminó.

—No es necesario que lo afirmes. El juez también te creará.

Padre e hijo continuaron caminando hacia el inmediato cuartel de la Guardia Nacional Republicana, Unas casas más arriba del establecimiento de José das Neves. Por fortuna no les vieron pasar desde la taberna y minutos más tarde eran conducidos a un calabozo, mientras el que les detuvo pasaba a informar a sus jefes.

A la débil luz de una bombilla eléctrica, Michael vio que el semblante de su hijo habíase endurecido.

—¡Vas manchado de sangre! Voy a limpiarte.

—No merece la pena.

—Sí. La celda tiene un lavabo. Acércate.

Mientras Tommy quitaba de las manos de su padre las manchas rojas, que comenzaban a tornarse negras, Wood se sintió orgulloso de él. Sus diecinueve años, pletóricos de vida y juventud, revelaban una madurez impropia de su edad. Los hombros anchos y la cintura estrecha eran signos inequívocos de una inquebrantable salud física,

de una contextura atlética. Sus ojos, vivaces, expresivos, denotaban una personalidad propia.

—¿Por qué reñiste con Leo, papá?

—Le pedí un anticipo mayor que los anteriores. Mañana es tu santo y deseaba darte una alegría mostrándote las matrículas para los exámenes en la Marina Mercante.

—¿Te lo negó?

—Sí.

—¿Es verdad que le amenazaste de muerte?

—Estaba desesperado y algo... Bueno.

—Lo sé. Des Neves me dijo que te bebiste una botella de vino de dos tragos. Era la cuarta de la noche.

Michael Wood inclinó la cabeza, con pesadumbre.

—No es un reproche, papá. Perdóname.

—Perdóname tú a mí, hijo. ¡No debiste acercarte al verme con el guardia!

El joven sonrió con ternura. ¡Le alegraba compartir el infortunio de su padre!

Abrióse la puerta del calabozo para dar entrada a dos hombres, uno de ellos con los emblemas de teniente de la Guardia Nacional. Le acompañaba el que condujo a Wood al cuartel.

—Vete, muchacho. Hicieron mal en traerte. Si te necesito, te mandaré llamar.

—¿No puedo quedarme?

En los labios del oficial surgió una sonrisa comprensiva, de hombre bueno.

—No. Ve tranquilo. La Ley protege a todos, incluso a los delincuentes. ¿Tienes madre o hermanos? —el joven negó con la cabeza—. ¿Y amigos?

—Sí. José das Neves y Rosa.

—Ve con ellos, y refiéreles lo ocurrido. ¿Vivíais solos? —nuevo gesto afirmativo de Tommy—. Hazme caso. Te conviene confiarte a alguien. El dolor será más llevadero. Despidete. Éste no es sitio para ti.

—Gracias, señor.

—No te preocupes por tu padre. Recibirá buen trato.

Tommy besó a Michael en las mejillas, diciéndole a modo de despedida:

—Pronto saldrás tú también. José me ayudará.

Ya en la calle, el muchacho permaneció largo rato contemplando la fachada del cuartel de la Guardia Nacional Republicana. Luego, con un suspiro anduvo hasta penetrar en el establecimiento de bebidas de das Neves, quien, al verle, le preguntó:

—¿No le encontraste? ¿Qué os ha pasado? ¡Estás muy pálido! Toma una copa.

Sirvió coñac, que Jimmy apuró de un sorbo.

—¿Puedo quedarme con ustedes? No resistiría volver a casa.

—Desde luego. Cuéntame. ¿Habéis...?

—¿Viene esa ginebra?

El vozarrón de un marinero alzóse entre los murmullos de las conversaciones, interrumpiendo a José.

—Pasa dentro. Mi mujer y Rosa no se acostaron aún. Me reuniré con vosotros apenas cierre. Si tienes sueño, acuéstate, y mañana me lo contarás todo.

—Le esperaré. No podría dormir.

El joven franqueó la puerta que comunicaba el establecimiento con las habitaciones interiores, penetrando en un pequeño comedor amueblado con sencillez y buen gusto. Las flores no faltaban en el centro de la mesa, en torno a la cual cosía una mujer de cincuenta años, con el rostro surcado de prematuras arrugas. Rosa, que estudiaba en un grueso libro de texto, fue la primera en darse cuenta de la llegada del joven.

—Hola, ¡qué sorpresa!

—Buenas noches. ¿Soy inoportuno?

Josefa Correía, que estimaba sinceramente al muchacho, no sólo por lo que ella y su marido debían a Michael, sino por el afectuoso carácter de Tommy, repuso:

—Al contrario, siéntate. No puedo pensar que se trata de una visita. ¿Qué te trae por aquí?

El joven Wood se acomodó entre Josefa y su hija, e incapaz de guardar el secreto, refirió lo ocurrido. Al terminar, los ojos de Tommy estaban cubiertos por unas lágrimas que no llegaron a correr por sus mejillas.

Fuera, en la taberna, José das Neves informaba a un sargento de la Guardia Nacional de lo ocurrido entre Leo Kerr y Michael Wood. Al inquirir las causas del interrogatorio y ser satisfecha su

curiosidad, dijo:

—¡Él no es capaz de matar a nadie! Es un hombre cabal, a quién conozco hace muchos años.

—Gracias por sus informes. Cumplo con mi deber.

Algunos de los parroquianos, amigos de Michael, rodearon a José apenas hubo salido el sargento, cambiando los más diversos comentarios...

CAPÍTULO II

Fletcher Zanuck sonrió cordialmente a Tommy Wood, al verle entrar en su despacho de director gerente de la «Empresa Naviera Lisboa». El gabinete de trabajo era amplio, confortable. Los muebles de estilo español, con grandes tallas, impresionaron por su severidad al joven, quien, en pie, esperó a que el jefe de su padre le dirigiera la palabra.

—Siéntate. Tengo de ti buenas referencias. Leo Kerr me hablaba de tus deseos de ser oficial de la Marina Mercante. Estás en la mejor edad para ello.

El muchacho, desconcertado por el afectuoso recibimiento de un hombre que, según había oído, se caracterizaba por sus bruscas maneras, acomodóse en una silla de alto respaldo, tapizada en terciopelo rojo.

—Gracias, señor. ¿Imagina a lo que vengo?

—Sí. Te esperaba. ¿Te previno Michael contra mí?

Hubo una leve vacilación en Tommy que hizo sonreír a Fletcher Zanuck, acentuando la cicatriz que surcaba la mejilla izquierda del hombre de negocios.

—Lo supuse. Hemos chocado algunas veces. Cree posible vivir siempre de la historia. Yo sostengo que es necesario superarse, y que el pasado solo sirve de experiencia y, a veces, de rémora. ¿Cuál es tu criterio?

El joven vaciló unos segundos para contestar después, orgullosamente:

—¡El de mi padre!

—No; tú piensas como yo. Estoy seguro de no equivocarme. Sin embargo... Te honra tu actitud, Tommy. No pienso permitir que la justicia se ensañe con uno de mis empleados, y menos aún si fue, como yo, capitán de Marina. Le proporcionaré el mejor abogado de Lisboa, y mis informes serán favorables. ¿Era eso lo que ibas a

pedirme?

—Algo más.

—Dime. Te aseguro que haré lo que pueda por vosotros.

—Quisiera un empleo. No me agrada vivir de la caridad de nadie. La familia de José das Neves insiste en que me quede con ellos. No debo hacerlo.

Fletcher Zanuck meditó antes de contestar.

—Pensaba pasarte el sueldo íntegro de tu padre hasta que se celebre el juicio.

—¡Déjeme ocupar su puesto! ¡Me esforzaré en...

El director de la Empresa Naviera cortó el que adivinaba impetuoso torrente de palabras.

—Lo sé. Mi duda obedece a que la hija de Leo Kerr trabaja desde ayer en las oficinas. No quisiera choques entre los dos. Bastantes hube de soportar con los padres.

—Le prometo que nada ocurrirá. ¡Papá es inocente, y todos tienen que comprenderlo!

En la voz de Tommy Wood vibraba la decisión, Zanuck, encogiéndose de hombros, dijo:

—¡Allá vosotros! Pero ten presente que no quiero jaleos. ¿Empiezas mañana?

—Hoy; ahora mismo, si usted lo permite.

—Bien.

Fletcher pulsó un timbre situado a la izquierda del teléfono, y poco después entró un hombre de edad madura.

—¿Llamaba?

—Sí. Ponte en pie, Tommy. Voy a presentarte a Nicolo Garibotti, jefe de personal. Es el hijo de Michael. Desempeñará el empleo de su padre.

—Pero...

—Ya sé lo que va a decirme. Virginia Kerr. Me ha prometido que habrá paz. Enséñele sus obligaciones. Es más orgulloso que un portugués. Váyanse, tengo mucho qué hacer.

Nicolo Garibotti y el joven salieron del despacho atendiendo las últimas palabras de Fletcher Zanuck, atravesando una amplia sala en la que trabajaban varios hombres y mujeres. El jefe de personal, un italiano delgado y alto, de modales untuosos, señaló una mesa a Tommy, junto a la puerta.

—Tu cometido es bien sencillo. Abrirás a las visitas, anunciándolas. En ese cuadro de llamadas hay tres números. Uno corresponde a dirección: otro a la jefatura de personal y el tercero a los empleados. Tienes obligación de llevarles lo que pidan, desde un vaso de agua hasta el frasco de la tinta. No te molestarán demasiado. Conocían el carácter de tu padre, y se acostumbraron a buscar las cosas por sí mismos. Suerte, muchacho.

—Gracias, señor. Procuraré no darle motivo de queja.

Una vez en el vestíbulo, Tommy encajó las mandíbulas con fuerza, en un supremo esfuerzo por dominar la tristeza que le invadía. Por fortuna, los periódicos lisboetas olvidáronse ya de Michael Wood, y no reavivaban a diario la congoja del muchacho.

Transcurrió el día sin que nada turbara el trabajo de los empleados de la empresa dirigida por Fletcher Zanuck. El joven se dijo que ningún empleo peor para quien, como su padre, necesitaba aturdirse a fin de olvidar el glorioso ayer. A solas en el vestíbulo, Michael evocaría épocas mejores, viendo interrumpidas a veces sus ideas por el sonido de un timbre indicador de que alguien sin personalidad, quizá el propio Leo Kerr, necesitaba material de oficina o, lo que era más humillante, un vaso de agua.

Tommy se rebeló contra tal servidumbre y, poniéndose en pie, anduvo de un lado a otro del vestíbulo, con el deseo de fatigar su cuerpo, para dar sosiego a su espíritu.

¿Quién era el asesino de Kerr? En las comunicaciones con su padre, este había asegurado que no cometió el crimen. El interrogante se agigantó en su cerebro, obsesionándole. ¿Cómo demostraría la inocencia del hombre que todo lo sacrificó por él, incluso su amor propio, su orgullo? El aceptar tal empleo significaba para Michael una humillación.

Al oír un seco timbrado, Tommy miró al cuadro de llamadas. No vio ningún número encendido y se dispuso a abrir la puerta.

—¿Ha llegado el señor Zanuck?

El visitante, un individuo bajo y rechoncho, que hablaba el portugués con marcado matiz extranjero, tendió una tarjeta al muchacho.

—Síntese. Iré a anunciarle.

Al leer en la cartulina el nombre y la profesión del que solicitaba ser recibido por Fletcher, Tommy fue invadido por un sentimiento

de envidia. Se trataba de Alexis Grachev, capitán del «Petrokow».

Cruzó la sala de los empleados para pasar al despacho de Zanuck, a cuya puerta llamó con respeto, no franqueándola hasta no recibir el oportuno permiso.

—Este caballero desea verle.

—Hazle entrar. En lo sucesivo que no espere.

—Lo tendré presente.

Al volver al vestíbulo; una muchacha de rostro grave y ojos enmarcados en profundas ojeras, dijo a Tommy:

—Tráeme agua y no eches en ella veneno. Del hijo de un asesino puede esperarse todo.

El joven, mordiendo los labios, sabiéndose observado por el resto de los que allí prestaban sus servicios, repuso:

—No es necesario. Le bastará mover uno de sus dientes para que lo que tome sea mortal. Las víboras llevan la ponzoña en los colmillos; usted, además, en la lengua.

Tommy retiróse con aire digno para regresar con un vaso. Al depositarlo sobre la mesa de trabajo simuló tropezar, vertiendo su contenido en la falda de la que imaginaba hija de Leo Kerr.

—Perdone, señorita. Volveré por otro.

—¡No lo quiero!

El joven Wood, sarcástico, con un dominio de sus reacciones que produjo un murmullo de simpatía, inquirió:

—¿Se le quitó la sed? ¡Ah, me olvidaba! Los superiores no deben tutear a los inferiores, salvo en casos excepcionales. No me agradan las familiaridades con funcionarios de distinto sexo. Procure recordarlo.

Despacio, sin gesto de triunfo en su rostro, Tommy abandonó la sala para recluirse de nuevo en el vestíbulo. Una hora más tarde, Alexis Grachev le entregaba un escudo de propina por abrirle la puerta.

Durante el resto de la tarde no volvió a ser molestado, invirtiendo el tiempo en divagar sobre la misteriosa permanencia del navío «Petrokow» en el puerto de Lisboa, que se decía estaba reparando sus máquinas. Era un barco ruso de gran tonelaje, en torno al cual todos los servicios secretos centraban su atención. En breve iban a celebrarse unas maniobras combinadas de las flotas inglesa y americana. ¿Habría mandado Moscú sus mejores agentes

para que hiciesen un estudio completo de las principales unidades de la marina occidental, así como de su eficacia en el fuego y capacidad maniobrera?

La salida de los empleados interrumpió los fantásticos pensamientos del joven, quien antes de abandonar las oficinas fue a recabar la autorización del jefe de personal. Nicolo Garibotti pareció complacido por tal deferencia, y, luego de prodigar al muchacho unas frases amables, le dijo:

—Me han contado tu incidente con Virginia Kerr. No creo que vuelva a molestarte. La entrada es a las nueve. El director y yo acostumbramos a quedarnos, a fin de despachar algunos asuntos.

—Hasta mañana.

Grande fue la sorpresa y alegría de Tommy al encontrar en el portal de la casa a Rosa das Neves.

—Vine a buscarte. ¿No te importa?

—Al contrario. Tengo grandes noticias. He obtenido el empleo de mi padre.

—Lo imaginaba. Según mamá, Zanuck no podía negártelo. ¿Damos un paseo?

—Iba a pedírtelo.

Los dos jóvenes descendieron hacia el puerto por las callejas del pintoresco «Barrio Alto» desembocando en la Plaza del Comercio a la que confluyen las avenidas del Infante D. Enrique y de las Naves, y las ruas de Arsenal y da Alfandega. En el atardecer, Lisboa, edificada sobre siete colinas en la margen derecha del Tajo, brillaba a los rayos del sol poniente. Sus edificios de tonos claros, sus modernas avenidas daban a la ciudad un aspecto limpio y optimista.

Rosa y Tommy, abstraídos en sus pensamientos, caminaron despacio por los muelles, siguiendo la línea del ferrocarril Lisboa-Cascaes. A la altura de Doca de Santos, la hija de José das Neves preguntó:

—¿Y no vivirás con nosotros?

—No.

—¡Te encontrarás tan sólo en las habitaciones de tu casa!

—No te preocupes por mí. Me acostumbraré pronto. Tus padres son muy buenos, y no quiero abusar de ellos. Acerquémonos al río. Las aguas ejercen sobre mí un extraño influjo.

Los dos jóvenes pasaron ante el «Petrokow», anclado en la bahía,

a escasa distancia del puesto de desinfección. El barco estaba solitario en apariencia. Tommy, recordando a su capitán, Alexis Grachev, comentó:

—Algún día he de mandar una nave como ésa. ¿Qué miras?

—Parece que nos vigilan, Tommy. Vayámonos de aquí. ¡Tengo miedo! ¡Mira esos hombres!

Varios individuos se paseaban por el muelle, sin perder de vista al «Petrokow».

—No te asustes, Rosa. Son policías. Es un barco sospechoso. Alejémonos, si estás intranquila.

Continuaron caminando, cruzándose con dos *varinas*[3], quienes, cesto al brazo, regresaban a sus domicilios tras haber agotado su mercancía en los barrios típicos de la ciudad.

—Se está haciendo de noche, Tommy. ¡Vámonos! No sé lo que me ocurre, pero me parece que va a sucedernos algo. Es un presentimiento. ¿Qué miras?

—¡Calla! Ocultémonos tras los fardos.

El joven Wood, tomando a Rosa de la muñeca, la condujo al amparo de unas pilas de mercaderías que esperaban, sin duda, el momento del embarque. Tommy, excitado, observó que un hombre, llevando puesto el equipo de pesca submarina —escafandra y depósito de oxígeno— ascendía a una lancha amarrada en uno de los rincones de Doca de Alcántara. Pese a la distancia le pareció reconocerle.

El individuo, con la rapidez del que ha realizado tales maniobras en otras ocasiones, se despojó del equipo y se vistió rápidamente un traje negro, echándose una capa del mismo color sobre los hombros. Luego, con paso reposado, seguro de sí mismo, ascendió por la escalera de cemento. Al cruzar a escasos metros de los muchachos, sin divisarles, Tommy pudo ver sus facciones.

—¡Alexis Grachev! —musitó.

El capitán del «Petrokow» se detuvo dando la espalda a los jóvenes, quienes, por un momento, temieron ser descubiertos, para reanudar después la marcha.

—¡Vamos a seguirle, Rosa! Si tienes miedo, vuelve junto a tu padre.

—¡Iré contigo!

—Cógete de mi brazo. Si se vuelve, nos confundirá con una de

las parejas de novios que buscan la soledad del muelle.

La luna llena iluminaba a Alexis Grachev, prolongando la sombra de su cuerpo sobre el cemento. Tommy, mientras caminaba, sintiendo temblar los dedos de Rosa das Neves, se dijo que la casualidad le había hecho conocer un grave secreto. Las primeras horas de la noche eran las más propicias para que Grachev realizara sus misteriosos planes. Las gentes del muelle, cansadas de la larga faena, se habían retirado ya a sus casas o a las inmediatas tabernas; las autoridades de vigilancia se hallaban camino de los lugares designados por sus jefes, y los que buscaban la oscuridad y el silencio para profanar la ley y la moral acostumbraban a hacerlo en la madrugada, hartos de vino y de juego.

El breve tránsito del crepúsculo a las tinieblas era pues el más indicado para pasar inadvertido sobre el agua.

—¡Nos ha mirado dos veces, Tommy!

—No te preocupes.

—¡Viene hacia acá!

El joven se impacientó:

—¡Conseguirás ponerme nervioso! Simularemos no habernos dado cuenta. Le volveré la espalda para que no me vea el rostro.

—¿Te conoce él?

—Sí.

La afirmativa respuesta inquietó más a la muchacha quien, al observar que el hombre continuaba avanzando hacia ellos, pegó su cuerpo al de Tommy, cual si deseara sentirse protegida. Él, ciñendo con sus brazos la femenina cintura, tensos los nervios, esperaba en la seguridad de que Alexis Grachev no se expondría a ser descubierto. Se equivocó. El capitán del «Petrokow» acercóse a los jóvenes.

—Perdonen. ¿Podrían indicarme el camino más corto para llegar a la rua Fernandes Tomás?

Tommy, sin mirarle, le contestó:

—Lo ignoramos.

—Gracias de todos modos. Dígale mañana al señor Zanuck que pasará a visitarle a las cinco. ¿Querrá hacerlo?

Era inútil que Tommy pretendiera ocultarse, y comprendiéndolo así, dijo con tono de sorpresa:

—Perdone. No le había reconocido. Siga la avenida 24 de julio,

y tuerza por la cuarta calle a la izquierda. Una de las transversales es la de Fernandes Tomás. No diga al jefe que me vio con la novia. ¿Lo hará?

—Sí. Guardaremos el mutuo secreto. Excepto al señor Zanuck, tú tampoco debes contar a nadie nuestro encuentro. ¿Convenido?

—Gracias, capitán... Discúlpeme.

—Adiós, muchachos. Es muy guapa tu novia.

Alejóse Grachev con paso rápido, y Tommy dijo a Rosa:

—Ve con los tuyos. Voy a seguirle. Algo me impulsa a hacerlo.

—¡No lo hagas! —suplicó la joven, con angustia.

—Sí.

Tommy, intrigado por la extraña conducta del capitán del «Petrokow», fue en pos de él procurando ocultarse en los árboles y en la sombra proyectada por los edificios del puerto, en su mayor parte destinados a almacenes. Alexis Grachev volvía la cabeza a regulares intervalos sin descubrir al que, con extraordinaria agilidad, sorteaba las zonas iluminadas por la luna, arrojándose el suelo a la menor señal de peligro.

Mientras avanzaba, el muchacho se preguntó la razón por la que se exponía a correr el riesgo, en el mejor de los casos, de ser despedido si el capitán explicaba su conducta a Fletcher Zanuck. Si Grachev utilizaba la escafandra de pesca submarina era por burlar la estrecha vigilancia ejercitada en torno al «Petrokow» y sus tripulantes. La palabra «espionaje», flotando en su cerebro, le hizo ser más precavido.

En las inmediaciones de la estación del ferrocarril a Cascais, Tommy sintió que la sangre se helaba en sus venas al sentir un ruido a su espalda. ¿Un marinero del barco ruso? Giró la cabeza con rapidez, respirando al ver a Rosa das Neves.

—Me has dado un buen susto —susurró—. ¿Por qué no...?

Ella, con una sonrisa, poniéndose el dedo en los labios, repuso:

—Sobran los reproches. Se ha detenido. Parece que espera a alguien.

—Sí. Se mueve inquieto.

Los jóvenes, ocultos en uno de los esquinazos de la baranda de cemento, cortada en algunos lugares para permitir el acceso a las escaleras que llevaban a los embarcaderos inferiores, observaron durante varios minutos a Alexis Grachev que, nervioso, paseaba de

un lado a otro mirando en todas direcciones. Al fin se le reunieron dos hombres más y, juntos, emprendieron la marcha en dirección a la avenida Ribeira das Naus. Las tres sombras se prolongaban fantásticamente en el suelo, y Tommy, sin saber por qué, se estremeció.

—Vámonos de aquí —rogó la muchacha.

—Hazlo tú. He de saber quiénes son los que le acompañan, y qué es lo que se proponen. Alexis Grachev se acercó a nosotros porque me había reconocido. Llevan la dirección opuesta a la rua de Fernandes Tomás. ¡Se aproximan a uno de los laterales de la estación! ¡Alguien se adelanta!

No había hecho Tommy más que pronunciar tales palabras, cuando un grito de muerte alzóse en el aire. Era un alarido de agonía, infrahumano, propio del que se aferra a vivir cuando la muerte comienza a dominarle.

—¡Dios nos asista! —musitó Rosa.

El joven Wood, crispados los puños, oculto tras el grueso árbol, vio cómo las tres sombras huían hacia la zona más frecuentada de la ciudad. Cuando quiso reaccionar y seguirles, era tarde. Alexis Grachev y sus cómplices se perdieron en la distancia, en las primeras callejas de «Bairro Alto», el pintoresco y populoso barrio lisboeta.

Tommy fue a acercarse a la que adivinaba víctima de un horrible crimen, pero su amiga se lo impidió:

—¡No lo hagas! Acuérdate de tu padre. Quizá te sorprendieran junto a un cadáver.

Las razonadas palabras de Rosa das Neves frenaron el generoso impulso del muchacho quien, con voz ronca, dijo:

—Apartémonos de aquí.

La hija de José das Neves y Tommy caminaron velozmente hasta alcanzar la avenida 24 de julio, y mezclarse con el público que deambulaba por ella.

—¡Qué espantosas las tres sombras!

—Sí, Rosa. Hemos de impedir que esos hombres continúen en libertad.

—¿Cómo?

—Pediremos consejo a tu padre.

—¡No lo hagas! Se enfadará conmigo, por haberme mezclado en

la aventura; contigo también. Olvidemos lo ocurrido. Si denunciáramos el hecho, las represalias no se harán esperar. Aunque lo dudo, quizá pudiéramos conseguir la detención de Alexis Grachev, pero sus cómplices quedarían libres para vengarle. ¡Tengo mucho miedo, Tommy!

—Yo también, Rosa.

De la avenida 24 de julio pasaron a la rua Presidente Amaga por la plaza del conde de Obidos, en la que se alza el edificio del Museo de Arte Antiguo y, a través de la calzada de Pampulha, llegaron a la calle del Sacramento.

Ante la puerta de la taberna, Rosa y Tommy convinieron en meditar acerca de los sucesos de que acababan de ser protagonistas.

—Hoy dormiré en casa.

—Haz lo que quieras. ¿Cenarás con nosotros? Mamá se enfadaría si te negaras.

—Perdóname, Rosa. Con mi testarudez en seguir a Alexis Grachev, he complicado tu vida.

—Ya no tiene remedio. Sobran las lamentaciones.

Se miraron a los ojos. En los de la muchacha había un luz de ternura y cariño, que Tommy no supo ver...

CAPÍTULO III

Con la tristeza producida por la situación de su padre y por ser la primera vez que desde su detención iba a dormir al domicilio que los dos compartieron, Tommy Wood, tras una larga sobremesa en casa del matrimonio das Neves y un paseo por el centro de la ciudad, subió los escalones que separaban el portal del departamento alquilado en Travessa Conde da Ponte, frente a la Estación de San Amaro.

El joven se detuvo en el primer piso, ante una estrecha puerta, franqueándola. Al cerrar a su espalda tuvo el temor de que le acechaban las tres sombras que le obsesionaban. Corrió el cerrojo y entonces respiró aliviado.

Sin encender la luz del pasillo, anduvo por él hasta el dormitorio. Eran las tres de la mañana. Fue a tenderse vestido en el lecho, pero algo invisible que flotaba en el aire, un olor especial, le hizo encajar la mandíbula con fuerza para no dejarse dominar por el pánico. ¿Iba a convertirse en un cobarde?

La sensación de peligro aumentaba, y Tommy, en pie junto a la cabecera de la cama, buscó la pera de la luz eléctrica, oprimiendo el botón. Un horrible espectáculo ofrecióse a sus ojos. En el suelo y cerca del armario ropero, había una mujer tendida. Un puñal en el pecho y los ojos vidriosos, inmóviles, le indicaron que estaba muerta. Tardó unos segundos en reconocer a la que, quizá en un supremo esfuerzo por retener la vida que se le escapaba, había crispado sus dedos en uno de los extremos de la alfombra sobre la que Tommy acostumbraba a descalzarse.

—¡Virginia Kerr!

Al asombro sucedió el terror para dar paso a un grito del instinto. ¡Librarse de la acusación de asesinato! Era la hija del hombre que, según las apariencias, fue muerto por Michael Wood. ¿Quién deseaba perderle?

—Mi deber es avisar a las autoridades —dijo Tommy en voz alta, en su afán por no sentirse solo—. Si lo hago...

Completó mentalmente la frase. La idea de ser encarcelado por un delito no cometido llenaba su alma de indignación.

—Yo descubriré al culpable. Es necesario que continúe en libertad.

Confortado con tal propósito, el muchacho examinó su alcoba. Por fortuna la sangre de Virginia Kerr no había manchado el pavimento. Si conseguía transportar el cadáver hasta el Tajo y sepultarle en sus aguas, estaba salvado.

Puso manos a la obra, envolviendo el cuerpo en una de las sábanas. Con Virginia Kerr en brazos, sintiendo el dolor de su muerte en plena juventud, con la zozobra de que si era sorprendido al deshacerse del cadáver ningún tribunal le absolvería, Tommy salió a la calle y con paso rápido llegó a la Avenida de la India, cruzándola, así como la vía férrea. El puerto, desierto en las altas horas de la noche, hallábase iluminado por la luz de la luna.

El joven eligió un lugar sombrío y lanzó a la mujer apuñalada junto al muelle de Doca de San Amaro. El ruido de las aguas, al cerrarse en torno al cadáver, le hizo morderse los labios para ahogar un grito de desesperación.

Con la sábana en la mano pensó que le convenía deshacerse también de la tela. ¿Cómo? Cogió varias piedras de uno de los montones, dispuestos para las obras del puerto, las envolvió en la sábana, anudó los extremos de ésta, y arrojó el bulto al río.

De nuevo la conciencia le dijo que no había procedido honradamente, que debió someterse al fallo de la Ley. Ya era tarde para reproches. A Virginia Kerr nadie le devolvería la vida.

Abrumado por la terrible responsabilidad que acababa de contraer, encaminóse a su domicilio, y ya en él preocupóse de borrar posibles huellas delatorias, reponiendo la sábana con una de las que, en no muy buen uso, guardaba en el armario.

Comprendiendo que alguien intentaba perderle, buscó una posible prueba comprometedoras oculta por sus enemigos, sin encontrarla. Tal vez no le imaginaran con el suficiente valor como para deshacerse de un cadáver.

Tommy, con una triste sonrisa, desvestióse despacio, acostándose. ¡Si tuviera cigarrillos! Él dejó de fumar no porque no

le agradase, sino por falta de medios. Quizá hubiera en el cuarto de su padre... Efectivamente.

El tabaco, serenándole, contribuyó a ordenar sus ideas. ¡Lucharía contra sus enemigos, contra Alexis Grachev si era necesario!

Tardó en dormirse. Su sueño fue turbado por pesadillas en las que veía siempre tres sombras alargadas que, empuñando cuchillos, amenazaban matarle.

El hábito de despertarse temprano no le traicionó, y a las nueve menos cinco minutos se hizo cargo de su trabajo en la «Empresa Naviera Lisboa», donde todos se preguntaban la causa por la que Virginia Kerr no acudía a la oficina.

Comió en la taberna de José das Neves, en unión del tabernero, su mujer y Rosa. Al terminar, la muchacha se incorporó de la mesa pidiendo permiso a sus padres para salir con Tommy a tomar el sol, lo que le fue concedido. Ya en la calle, ella dijo:

—El periódico de hoy publica la noticia de la muerte de un súbdito americano. Fue apuñalado en las inmediaciones de la estación de Cascaes. ¡Debes denunciar el hecho!

—No conviene precipitarse. Antes he de hablar con mi padre.

—¿Podrás hacerlo en la prisión?

—Espero que sí. Él nos aconsejará. ¿Sigues guardando el secreto con los tuyos? —la muchacha asintió con un leve movimiento de cabeza—. Es mejor. Les evitaremos disgustos.

—¿Qué tal dormiste?

—Bien. Me fui tarde de tu casa, y aún paseé un rato, deseando llegar cansado.

Tommy Wood decidió no referirse a Virginia Kerr a fin de no preocupar a la muchacha y, sobre todo, para que no pudieran acusarla de encubridora.

Charlaron de temas diversos, aunque sus pensamientos se centraban en el enigma de que fueron testigos la noche anterior. Al despedirse, Rosa suplicó:

—¡Sé prudente! Pueden matarte también.

—Te lo prometo. Hoy no me esperes hasta tarde. Quiero ver si Alexis Grachev utiliza el mismo procedimiento todos los días. ¡No seas chiquilla! No me ocurrirá nada.

El joven no tardó en hallarse de nuevo en el vestíbulo, ante su

mesa de trabajo. Fletcher Zanuck se encontraba en su despacho, y Nicolo Garibotti le acompañaba.

A las cuatro y media, Tommy entró a ver al director.

—¿Qué quieres? —inquirió Zanuck.

—Ayer encontré al señor Grachev en el muelle, y me pidió que le anunciase su visita para hoy a las cinco. Lo había olvidado.

—Gracias. ¿Viste a Virginia Kerr después de salir de la oficina?

—No. ¿Está enferma?

—El señor Garibotti acaba de decirme que ha desaparecido de su domicilio. La policía la busca por todas partes. ¿En qué piensas?

—En mi padre. Quisiera verle mañana. Faltaré una hora, entre las diez y las once. ¿Me da permiso?

—Lo tienes. Dile que tenga ánimo. ¿Algo más?

—Nada, señor Zanuck. Muchas gracias. Es usted muy bueno conmigo.

Al atravesar Tommy la gran sala donde los empleados cuchicheaban acerca de lo que habría podido suceder a Virginia, y ver vacía la mesa de la muchacha, el joven experimentó una viva congoja.

—¡Pobre! —musitó para sí, compadecido íntimamente del dolor de su madre, de su existencia truncada por una mano criminal.

Aquella tarde tuvo Fletcher. Zanuck varias visitas, una de ellas la de Alexis Grachev quien, al despedirse, depositó en la mano de Tommy un puñado de billetes.

—Toma. A mí me sobra el dinero, y tú lo necesitas.

Apenas abandonó el trabajo, Tommy Wood dirigióse a la Iglesia de Nuestra señora de Loreto para echar en uno de los cepillos la cantidad recibida del capitán del «Petrokow». Aunque se le estaban acabando los escudos que José Das Neves le prestó, no quería los del ruso, posiblemente salario en sangre.

De rodillas ante el Sagrario, el muchacho pidió ayuda a la Providencia y, confortado, encaminóse después al lugar en el que la noche anterior había descubierto a Alexis Grachev. Llegó oscurecido y, luego de cerciorarse de que la lancha, con un envoltorio, continuaba en el mismo sitio, abandonada en apariencia, se dispuso a esperar la llegada del capitán, temiendo verse envuelto en el abrazo mortal de las tres sombras, cuyo recuerdo le aterrorizaba.

Transcurrieron los segundos, los minutos, las horas... A las once

y media, harto de la infructuosa espera, comprendiendo la inquietud de Rosa das Neves, se dispuso a abandonar su escondite en el que corría el riesgo de ser sorprendido por los vigilantes nocturnos del muelle, que, en unión de la Guardia Fiscal, se ocupaban de impedir robos y violaciones de la Ley.

Apartóse de Doca de Alcántara y al hacerlo dióse cuenta de que alguien le observaba a distancia, amparado en uno de los árboles inmediatos a la línea ferroviaria. ¿Un asesino a sueldo? ¿Tal vez el que apuñaló a Virginia Kerr?

Tuvo miedo y, apresurando el paso, caminó hacia el lado contrario. Al detenerse a encender un cigarrillo y volver ligeramente la cabeza, observó que el hombre que había llamado su atención no se hallaba en el mismo lugar. ¿Y si se tratase de un ratero del muelle, y no de uno de sus misteriosos enemigos?

Sin disimulos examinó los alrededores. Prefería un peligro cara a cara, por grande que fuese, a la incertidumbre de no saber por dónde iban a atacarle. Al no descubrir a nadie, más tranquilo, dirigióse a la taberna de la rua de Sacramento. José das Neves suspiró con alivio al verle.

—Pasa dentro, Tommy. Rosa no hace sino llorar. Me lo ha contado todo. No te vayas hasta que yo entre.

El muchacho, sin responder, hizo lo que se le indicaba. Josefa y su hija se incorporaron con satisfacción.

—¡Gracias a Dios que llegaste!

En las palabras de la mujer de José latía tal inquietud vencida, tal cariño, que el joven, conmovido, repuso:

—No corrí ningún riesgo.

Miró a Rosa, sonriéndole, a fin de que no creyera que estaba enojado con ella por haber roto su secreto. Al sentarse, Tommy se dijo que no se hallaba solo, que aquella familia era como una prolongación de la suya.

—Te traeré la cena.

La mujer puso una servilleta sobre la mesa, saliendo del comedor. La muchacha, tímidamente, dijo:

—No pude contenerme al ver que tardabas. Creí que las tres sombras...

—No es necesario que te disculpes. En tu caso me hubiera sucedido lo mismo.

La llegada de Josefa portando dos platos, uno con guisado y otro con huevos fritos, cortó el breve diálogo. Tommy se dispuso a comer en el momento que entraba José das Neves.

—El camarero se encargará de los clientes. No te reprocho nada. Comprendo lo que te propones, pero ¿no será peligroso para ti?

—Es posible. Alexis Grachev está muy vinculado con Fletcher Zanuck. Papá es incapaz de engañarme. Él no mató a Leo Kerr. ¿Quién lo hizo? Eso es lo que me propongo averiguar, aunque pierda la vida. El capitán del «Petrokow» puede ser ajeno a la muerte del cajero de la empresa y su hija Virginia, pero yo le denunciaré por el asesinato de ese súbdito americano y el procedimiento de que se vale para burlar a las autoridades que vigilan el buque. Siempre habré prestado un servicio a mi patria. Mis padres son ingleses, pero yo nací en Lisboa.

Había firmeza en las frases de Tommy. El tabernero, que le escuchaba atentamente, respondió:

—No sé qué aconsejarte. ¿Has vuelto a ver al ruso?

—En la oficina, a las cinco. Al parecer la empresa se ocupa de las reparaciones del «Petrokow». En el muelle he esperado en vano. Tal vez extreme las precauciones.

Hubo un largo silencio durante el cual, el joven Wood dio cuenta de las viandas, regándolas con un gran vaso de vino. Al terminar, incorporándose, dijo algo tranquilizador para todos.

—Mañana pediré consejo a mi padre. Iré a verle a las diez y media. Ahora voy a dormir.

—Antes de ir a verle, pasa por aquí. Te tendré preparado tabaco.

Despidióse el muchacho de Rosa y de su madre, y junto a José das Neves, salió a la taberna.

—¿No le importa acompañarme un rato? —pidió Tommy.

—Iré contigo.

Ya en la calle, el joven refirió al portugués su tragedia de la noche anterior, y cómo se deshizo del cuerpo de Virginia Kerr. Sus palabras vehementes, apasionadas, produjeron sobresalto en das Neves.

—Tú no lo hiciste, ¿verdad? ¡No es necesario que me respondas! No sé ni lo que me digo. ¿Quién puede odiaros a Michael y a ti hasta tal extremo?

—Eso es lo que me propongo averiguar. El que investigue en

torno a las actividades de Alexis Grachev, y, apenas me sea posible, de Fletcher Zanuck, no obedece sólo a impedir que mi padre pague un delito que no ha cometido, sino a defenderme para evitar que me suceda lo mismo.

—¿Por qué no acudes a la policía?

Tommy no respondió. Los dos hombres avanzaban por la rua das Necessidades para detenerse frente al Ministerio dos Estrangeiros.

—¿Supone que iban a creermelo, José? Mis enemigos son astutos, y tendrán previstas todas las coartadas. Imagino los titulares de los periódicos: «El hijo de Michael Wood, asesino de Leo Kerr, sigue el camino de su padre...». Prefiero morir a pudrirme en un calabozo. No sé qué me acechará a la vuelta de cualquier esquina. Pero se equivocan si me creen débil. Sabré defenderme.

Abrumado por los razonamientos del muchacho, das Neves vaciló.

—La ley es el único camino.

—Prefiero agotar todas las posibilidades.

Reanudaron la marcha, y por la rua de Livramento llegaron a la de Oliveira Migueis, donde de nuevo hicieron alto.

—No dejes de visitar a tu padre, Tommy. Aunque le angustiará su impotencia, debe aconsejarte. ¿Quieres que te acompañe a casa?

—Gracias. Le aseguro que no me sorprenderán fácilmente.

—Suerte.

Dejándose llevar por el impulso, das Neves tendió su diestra al joven, que la estrechó con fuerza, y se alejó. El camino más corto era el de la línea férrea Lisboa-Alcántara, para lo cual veríase obligado a cruzar varios solares y calles sin edificaciones ni urbanización.

La duda de Tommy duró unos segundos. No le agradaba dar un gran rodeo. Además, ¿qué conseguiría huyendo de un peligro que no le abandonaba? Si el hombre al que descubrió en el muelle continuaba siguiéndole, él daríase cuenta de ello en despoblado mejor que en calles de mucho tránsito.

Al llegar a unos terraplenes, pasada la rua Cosinha Económica, se ocultó, escuchando atentamente. Nada turbaba el silencio de la noche a no ser los distantes ruidos de la ciudad. Fue a reanudar el camino, tranquilo al convencerse de que nadie le acosaba, cuando unos pasos le hicieron estremecerse, y apretó los puños dispuesto a

la defensa. Segundos más tarde, un hombre vestido con zamarra de cuero, pantalones grises y zapatos negros, saltaba el desnivel del terreno a escasa distancia del muchacho, quien, avanzando hacia el que intuía su enemigo, preguntó:

—¿Era a mí a quién buscabas?

El interpelado, que no reparó en el joven hasta no oír sus palabras, replicó:

—No te mezcles en lo que no te importa.

Igual podía ser la respuesta de un hombre atónito ante lo imprevisto que una amenaza. Comprendiéndolo así, Tommy avanzó unos pasos.

—Dile a Grachev que le conviene estar a buenas conmigo y no mandarme asesinos.

—¡Maldito crío!

Inesperadamente, el individuo, esgrimiendo un afilado cuchillo, abalanzóse contra Wood, el cual, con la agilidad propia de sus años, saltó a la izquierda, inclinándose para apoderarse de una piedra de gran tamaño, con la que hizo frente al que imaginaba marinero del «Petrokow».

Algo muy íntimo le gritaba que huyera, pero supo sobreponerse y dar cara a su enemigo, en un alarde de valor rayano en la temeridad. Su adversario era alto, corpulento, y estaba armado con un puñal y quizá tuviera experiencia en tal clase de luchas. Tommy, por el contrario, jamás se había visto en situación parecida. La pelea era desfavorable para el joven.

La luna, oculta a ráfagas por nubes poco densas que no la velaban por completo, iluminaba tenuemente el terreno en el que un hombre y un muchacho iban a enfrentarse.

—Observé que me seguían. ¿Recibiste instrucciones de eliminarme?

—No, quiero llevarte al barco. Si accedes, nada te sucederá. De lo contrario...

El acero centelleó en el aire, más expresivo que todas las palabras. Tommy, serenamente, repuso:

—El cazador cazado. Creías sorprenderme. Ataca cuando quieras.

Consciente de su superioridad, el individuo, con una sonrisa feroz, se dispuso a acortar la distancia que le separaba de su

antagonista. El joven le arrojó la piedra creyendo no fallar el golpe, pero su rival, arrojándose al suelo, esquivó el improvisado proyectil. Wood, impetuoso, seguro de que en una lucha a distancia llevaba las de perder, cayó sobre el marinero, apresándole la muñeca armada a fin de impedirle asestar un golpe mortal.

En tierra, forcejearon con violencia. El del «Petrokow», sorprendido por la fortaleza del que imaginaba fácil víctima, pugnaba por librar su brazo derecho de la tenaza de unos dedos que parecían de hierro. Tommy, a quién el recuerdo de su padre y de Virginia Kerr excitaba hasta el paroxismo, curvó el cuerpo para asestar con su rodilla un formidable golpe en el vientre de su adversario. El marino tuvo unos segundos de debilidad, y Wood los aprovechó para retorcerle la muñeca, arrancándole el cuchillo, que cayó al suelo lejos del alcance de los luchadores.

—¡Ahora estamos en igualdad de condiciones!

Tommy, que había practicado con su padre el boxeo desde niño, permitió incorporarse al individuo. Este quiso dirigirse al lugar en el que se hallaba el acero, y encontró en su camino los puños del muchacho, que le machacaron ambas cejas.

Comprendiendo la imposibilidad de apoderarse del puñal, el del «Petrokow», mascullando juramentos, plantó cara a Tommy, manteniéndole a raya. El joven, sin acobardarse por la aparente superioridad física de su enemigo, con hábil juego de piernas, le obligó a moverse en todas direcciones, y, cinco minutos después, fingiendo que iba a provocar un cuerpo a cuerpo, le pegó en el oído izquierdo de forma tan inesperada como terrible. El marinero vaciló sobre sus piernas, y al encajar un *uppercut* no pudo continuar en pie. Le estallaba la cabeza, y una nube de sombras cubrió sus ojos.

Al recobrar el sentido, Tommy, cuchillo en mano, le miraba con fiereza. La punta del arma hundiéndose levemente en la garganta de su agresor, haciendo brotar unas gotas de sangre.

—¡No!... ¡No!... —gritó el vencido, con espanto.

—Es difícil que te permita escapar con vida. ¿Quién te mandó asesinarme? ¿Alexis? ¡Responde o...!

Aunque Wood no pensaba matar a su adversario, sus palabras sonaron con tanta fiereza que el del «Petrokow», intimidado, repuso:

—Fue él. Quiso saber si le habías visto abandonar el agua. Me

ordenó conducirte al buque por la fuerza.

—¿Nada más?

—Sí. En el caso de ofrecer resistencia, debía hacer lo posible para que no constituyeras un estorbo ni un peligro.

—Comprendo. ¿Bajó hoy a tierra el capitán? Si sospecho que me engañas...

Acentuó la presión del cuchillo. Los ojos del marinero parecieron desorbitarse de terror.

—¡Diré lo que quieras! Ha buceado a mayor distancia.

—¿Dónde toma tierra?

—¡No lo sé! ¡Digo la verdad!

—Te creo. ¿Por qué permanecía hoy la lancha en el mismo sitio, como si Grachev fuera a utilizarla?

Era una prueba que hubiese bastado a las autoridades portuguesas.

La duda fue breve en el hombre a las órdenes de Alexis Grachev. Como todos los asesinos, era cobarde si la ventaja no estaba de su parte.

—Cualquiera que intente registrarla volará.

Tommy se estremeció. En su larga espera del muelle hubo de contenerse para no investigar en el interior del bote. Se lo impidió el temor de ser sorprendido por el capitán del «Petrokow».

—¿Quién lo hizo?

—Yo.

—¿No pensasteis en posibles víctimas inocentes? Cualquier guardia fiscal u obrero del puerto, intrigado por la prolongada permanecía de la barca, puede saltar a ella.

—Me limito a obedecer órdenes.

—Entonces, vas a cumplir las mías también.

Mientras con la mano izquierda no dejaba de amenazarle, con la derecha registró las ropas de su enemigo, encontrando en el pantalón una automática «Skoda», de patente checoslovaca. Al oprimirla entre sus dedos, apartóse del forajido unos pasos.

—¡Levántate! No necesito decirte lo que te espera si intentas huir. ¿Por qué no intentaste apoderarte de la pistola al saberte perdido? —una sonrisa irónica previno al joven, que adivinó la causa. El arma no estaba montada. Lo hizo con rapidez—. Comprendo. Tenías la certeza de que no iba a darte tiempo a

ponerla en condiciones de disparar. Escucha mis instrucciones. Caminarás hacia el muelle, seguido por mí a corta distancia, a fin de que arrojes los explosivos al río. Después...

—¿Qué?

—Te dejaré en libertad para que lleves un recado a Grachev.

—¿Qué recado?

—Necesito verle, sin riesgos para los dos. Mañana le esperaré a las once en punto a la puerta de la prisión. Es preciso que vaya solo. Dile que comete el error de no buscar mi colaboración y sí mi exterminio, y que le puedo ser más útil vivo que muerto. Para justificar tu derrota, cuéntale una falsa historia.

—¡Me castigará por mi fracaso!

—Peor es morir a mis manos.



—Morirás a mis manos.

El prisionero no contestó. Al sonreír ante la pregunta de Wood respecto a la automática, esperaba un descuido del muchacho para reducirle por sorpresa, y no que adivinara que el arma no tenía bala en la recámara.

Tommy, con la pistola empuñada en el interior de uno de los

bolsillos de su americana, pensando en lo que ocurriría si aquel hombre supiese que no era capaz de disparar contra nadie, anduvo por el descampado hasta el muelle, encontrándose en el recorrido con algunos hombres y una pareja de la Guardia Fiscal. Ante la escalerilla que comunicaba con las aguas de Doca de Alcántara, Wood formuló una última pregunta:

—¿Cómo saliste del «Petrokow», sin ser advertido por los que vigilan el barco? ¿También con escafandra?

—Sí.

—¿Dónde la ocultas?

—En las ramas de ese chopo —señaló uno de los del paseo.

—Bien. Podrás regresar con los tuyos una vez que hagas desaparecer los explosivos. No olvides que te encañono desde arriba. Si intentas desobedecerme... ¡Pon manos a la obra!

El marinero, intimidado por Wood que le vigilaba atentamente, hizo lo que se le indicaba. Tommy, viéndole manipular en el bote, retrocedió unos pasos, acometido por un presentimiento. Una llamarada iluminó la noche, y el joven se sintió arrojado a tierra, cual si le empujara una mano misteriosa, mientras una explosión atronaba el espacio.

Varios trozos de tablas silbaron junto a él. Apenas pudo ponerse en pie, comprendió la necesidad de alejarse de aquellos parajes.

Al cruzar la Avenida de la India escondióse tras uno de los árboles para no ser descubierto por miembros de la Guardia Nacional Republicana y Fiscal, que acudían al lugar del suceso.

Diciéndose que sin duda el nerviosismo del hombre del «Petrokow» produjo la catástrofe, con encontradas ideas en su cerebro, Tommy Wood encaminóse a su domicilio, fatigado de cuerpo y espíritu...

CAPÍTULO IV

—¡Desenmascara a esos miserables! ¡No les des cuartel!

Apenas dichas tales palabras, Michael arrepintióse de ellas. Su hijo le sonreía con ternura, gozoso de la reacción del acusado por un delito del que no era culpable. Adivinando el pensamiento de su padre, apresuróse a tranquilizarle:

—Seré prudente. Te lo prometo.

—¡No me hagas caso, Tommy! José das Neves está en lo cierto. Confía el caso a las autoridades. ¡Tienes la prueba de la escafandra! ¿La llevaste a casa? Ponte al habla con el Departamento de Investigación Criminal y...

—¡La visita ha terminado, Wood!

Michael, separado de su hijo por una doble tela metálica, miró a Tommy con angustia.

—¡Cuídate! No me consolaría si te sucediese algo. ¡Vuelve pronto a verme, y escíbeme a diario!

—Lo haré, papá. No te preocupes. Adiós.

—Que Él te bendiga.

Visiblemente conmovido, Michael Wood abandonó la sala para regresar a su celda. Por el largo pasillo iba pensando en las extraordinarias revelaciones que acababa de hacerle Tommy. ¿Quiénes y por qué razón deseaban perderles? ¡Tres sombras en el suelo! ¿Cuál sería la identidad de los dos acompañantes de Alexis Grachev? Posiblemente miembros del Servicio Secreto ruso o tal vez hombres de la tripulación que, como él, burlaban a las autoridades con equipos submarinos.

¡Qué valeroso era Tommy! Sintióse orgulloso del joven, quien, ya de regreso a la oficina en la que prestaba sus servicios, apresuróse a presentarse a Nicolo Garibotti para anunciarle su vuelta y, cosa que Michael no hizo, expresarle la gratitud del preso por el buen trato que su hijo recibía.

—Le ruego se lo comunique al señor Zanuck. No me atrevo a molestarle.

—Lo haré.

—¿Qué se sabe de Virginia?

—Nada aún.

El joven Wood sostuvo sin pestañear la escrutadora mirada del jefe de personal, retirándose.

Ya a solas en el vestíbulo, se dijo que quién se atreviera a acusar de la muerte de la hija de Leo Kerr, se acusaría a sí mismo. ¿Intervino Alexis Grachev en el asesinato?

Apenas se hubo formulado tal sospecha cuando llamaron a la puerta, y Tommy, al franquearla, dio paso al capitán del «Petrokow».

—Hola, muchacho. Necesito hablar contigo. ¿Quieres venir a mi barco después del trabajo? Puedo ofrecerte un puesto de marinero, y la posibilidad de estudiar en mi patria.

El aludido, sin desconcertarse, sosteniendo la mirada de Grachev, repuso con fingida gratitud:

—Es usted muy amable. Aceptaría en otras circunstancias. Ahora me es imposible, al menos mientras mi padre permanezca en la cárcel. No debo abandonarle.

—Ese sentimiento te honra. ¿Volviste por el muelle?

Tommy se previno.

—No. ¿A qué iba a hacerlo?

—Los enamorados prefieren la soledad. Yo también tuve tus años, y sé lo que es un paseo en una noche de luna. ¿Vendrás a mi buque?

—Hoy no. Estuve con mi padre, y me hizo algunos encargos. Además he de entrevistarme con el abogado que le corresponde por oficio.

—Queda en pie la invitación. Toma.

El capitán del «Petrokow» entregó un sobre al muchacho.

—¿Qué es lo que contiene?

—Dos mil escudos. No quiero que carezcas de nada.

El rostro del joven se endureció, y hubo de contenerse para no golpear al que le sonreía.

—¿A cambio de qué?

—Celebro que hayas aprendido esa lección de la vida. Hasta

ahora has sido prudente. Continúa así, y no te pesará. Las autoridades portuguesas no ven mi barco con agrado, y me enoja saber que siempre que salto a tierra soy seguido por varios policías. Me divierto burlándoles. Sin embargo, si ellos lo saben, pueden causarme trastornos. ¿Comprendes?

—Demasiado. Ese dinero es a cambio de mi complicidad.

—Exacto.

Wood, dominando la ira que comenzaba a invadirle, se dijo que le convenía fingir sumisión ante Alexis Grachev para que éste, creyéndole colaborador suyo, no le enviara más asesinos.

—De acuerdo, señor. No eran necesarios los escudos. Sé guardar un secreto.

—Así me gusta, muchacho. De enrolarte en mi barco hablaremos en otra ocasión. Tengo amigos influyentes, y quizá accedieran a sacar a tu padre de la cárcel para conducirlo a un país en el que se estima la valía de los hombres. Anúnciame a Zanuck.

—Pase. Usted no necesita hacer antesala. He recibido esa orden.

Grachev, antes de abandonar el vestíbulo, miró inquisitivo a Tommy, diciéndose que no se consideraría seguro en Lisboa mientras el muchacho no fuera ejecutado.

Tommy, de nuevo solo, sentíase aún excitado por el afán de lucha que despertábase en él cada vez que veía al capitán del «Petrokow». Con el sobre entre sus dedos, sin examinar el contenido, pensó en el gozo del párroco de la iglesia de Nuestra Señora de Loreto cuando, al abrir el cepillo de la Divina Providencia, encontrara en él los dos mil escudos que acababa de entregarle Grachev. ¿Por qué no quedarse con ellos, para que a su padre nada le faltara en la prisión? Rechazó la idea. Michael le había inculcado un severo código del honor, y aquel dinero era en pago a una complicidad criminal. No lo rechazaba con el fin de confiar a Alexis, y conseguir que éste cesara de atacarle.

Sentado en la silla, ante la mesa de despacho, terminó de poner los sellos a la correspondencia de aquel día. Al acabar encendió un cigarrillo, entregándose a sus meditaciones.

El hombre que murió la noche anterior al manipular en los explosivos del bote de Doca de Alcántara había recibido la orden de conducirlo al «Petrokow» a la fuerza, sin duda para garantizar su silencio, secuestrándole. No era imposible que le asesinasen en las

bodegas del barco, arrojando su cuerpo al agua con un pesado lastre.

No; no aceptaría voluntariamente la invitación de Alexis Grachev.

Finalizado el trabajo de la mañana salió de las oficinas, dejando al ruso en el despacho de Zanuck. Luego de depositar la correspondencia en Correos, dirigióse a la taberna de José das Neves, al que había contado su aventura de la noche anterior.

Rosa le esperaba en la puerta, y el muchacho, al acercarse a ella miró con deleite, no exento de limpieza de alma, el agradable conjunto de la joven, sus redondas caderas, su busto breve y la esbeltez de unas piernas cubiertas con finas medias de seda. El pelo, suelto sobre la espalda, acariciaba la piel suave y rosada de la garganta. Los ojos, negros, profundos, tenían extraordinaria expresividad. La boca sin carmín era jugosa como una fruta en sazón.

—¡Estás muy bonita! ¿Preocupada otra vez?

Ella estremeciéndose al oír el elogio, contestó:

—Te retrasaste media hora.

—Hube de despachar la correspondencia. Me da la sensación de que acabo de descubrirte. Nunca te vi tan bella como hoy. ¿Aún no tienes pretendientes? La juventud portuguesa empieza a perder el buen gusto.

Inexplicablemente para Tommy, Rosa, con los ojos llorosos, penetró en el establecimiento sin responderle.

Ya en el comedor, Wood dijo a Josefa, cual si no hubiera visto a la muchacha:

—¿Sola en casa?

—Rosa acaba de decirme que le duele la cabeza. No comerá con nosotros. Ahí llega José. Salió a hacer unas compras de licores. Los clientes son escasos hasta la noche. Algunos, pocos, vienen a comer. Los más prefieren hacerlo en el muelle, y compran el vino a cualquiera de los vendedores callejeros.

Durante la comida, das Neves mostróse visiblemente preocupado. Al fin, sin poderse contener, habló:

—¿Por qué tu padre es tan testarudo, Tommy? Empiezas a parecerle a él.

Desconcertado por el tono de voz de José, el muchacho inquirió:

—¿Qué le sucede?

—Debió pedirme a mí el dinero para tus exámenes, y no a Leo Kerr.

—Alguna razón tendría.

—La de que yo no podía negárselo. Acabo de hablar con Michael merced a la ayuda de un buen amigo, Epifanio da Souza, el teniente de la Guardia Nacional Republicana que te puso en libertad. ¿Sabes cuál ha sido el razonamiento de tu padre?

Tommy sonrió, tranquilizado al conocer la causa del enojo de José.

—No.

—«Parecería que iba a cobrarme la ayuda que te presté cuando para mí nada significaban unos miles de escudos». Y tú debiste referirme la causa por la que él y Leo riñeron.

—No quise herirle. Él me lo dijo cuándo el guardia fiscal nos llevaba al cuartel, la noche en que el cajero apareció muerto. No se enfade con papá. Hasta que usted no me lo dijo, ignoré que le ayudó a montar su negocio. Sostiene que si un amigo recuerda a otro un favor prestado, aun indirectamente, demuestra falta absoluta de amistad y un interés superior al afectivo.

—Desde luego. A él le debo la vida. Yo era el patrón de una lancha en Peniche. Josefa no vivía de sobresaltos. Un temporal nos obligó a costear, y estuvo más de una semana sin noticias, creyéndonos muertos. El primero de nuestros hijos se malogró entonces. Tu padre, que cargaba madera en el cabo Carboeiro, al enterarse de la desgracia, puso diez mil escudos a mi disposición para que en Lisboa instalara un negocio. Al principio me resistí a aceptarlos, pero acabó convenciéndome. Nuestra amistad databa de algunas conversaciones en los días de forzada inactividad a causa de los temporales. Elegía siempre Peniche para calafatear. Tres meses después de mi marcha del pueblo, mi barca zozobró, ahogándose todos los que la tripulaban. De no haber sido por tu padre...

José das Neves inclinó la cabeza, apesadumbrado por el recuerdo de un naufragio en el que perecieron sus dos hermanos. Tommy, sin un comentario, terminó de comer, diciéndose íntimamente que aún quedaban almas nobles en el mundo, que no todo era egoísmo y falsedad.

—Matricúlate para los exámenes. No has de perder un año más.

—Me falta sosiego, José. Gracias. Mientras no se resuelva lo de papá, no haré otra cosa que no sea esforzarme en demostrar su inocencia.

—Todo es compatible.

—No. Por favor, no insista. Se lo ruego.

—Como quieras; pero en lo sucesivo, aunque tu padre se empeñe, no permitiré que malogres tu vocación. ¿Y la niña, Josefa?

Das Neves llamaba así a su hija, olvidándose de que ya era una mujer.

—Tiene algo de jaqueca, y se acostó.

—¿Por qué no me lo advertiste? Creí que, como otras veces, demoraba la comida por falta de apetito o exceso de estudio. Voy a verla.

—No lo hagas. Tal vez se haya dormido y...

—Como quieras. Salgamos, Tommy. Beberemos una copa. El coñac favorece la digestión.

En realidad, el tabernero deseaba conversar a solas con el muchacho, para inquirir noticias acerca de Alexis Grachev. Al saber que el ruso le había invitado a visitar el barco, le previno:

—¡No vayas! ¡Es una trampa!

—Lo sé. He de marcharme ya. Quiero dar un paseo.

—¿Volverás a la noche?

—Es posible. No se inquiete por mí si me retraso. Nada me sucederá.

Tommy Wood encaminóse a la Iglesia de Nuestra Señora de Loreto para depositar en uno de los cepillos el sobre entregado por Grachev. Luego, confortado por haber vencido la tentación de apropiarse el dinero, fue hacia el muelle, en su afán de que transcurriera el tiempo hasta la hora de comenzar el trabajo de la tarde.

Fumaba pensativo, ajeno al movimiento del puerto, cuando un próximo carro de gente atrajo su atención...

—¿Qué sucede ahí? —inquirió a uno de los descargadores.

—Han encontrado en el agua a una mujer. Sin duda es esa Virginia Kerr de la que no dejan de hablar los periódicos.

—¿Ahogada?

—No. Tiene un puñal en el pecho.

Tommy desvió su paseo sin acercarse al grupo de curiosos. No

quería ver a la muchacha a la que él condujo desde su casa al muelle, en una noche de pesadilla.

Al penetrar en la oficina, Nicolo Garibotti le mandó llamar a su despacho.

—La policía ha telefonado preguntándonos por ti, Wood. Vendrá dentro de unos minutos.

Esforzándose en dominar la inquietud, el joven inquirió:

—¿La policía? ¿Qué quiere?

—Tú lo sabrás. Han hallado el cadáver de Virginia, y tal vez deseen interrogarte.

—No adivino la causa.

El dominio de Tommy era absoluto, y el jefe de personal, que le observaba, encogióse de hombros.

—Yo tampoco. Procura no ausentarte para que no lo consideren una huida.

—Nada tengo que temer. ¿Eso es todo?

—Sí. Puedes retirarte.

Ante su mesa, fumando para terminar de tranquilizarse, el muchacho hubo de reconocer que la Providencia velaba por él. De no saber con antelación que Virginia había sido encontrada, quizá se hubiese turbado ante Nicolo Garibotti. Una idea le hizo sonreír. ¿Por qué no hacerlo? Era necesario adelantarse a los acontecimientos.

Pese a las palabras de Nicolo Garibotti, la policía no se presentó en la oficina, y Tommy, al finalizar su trabajo, se dispuso a retirarse. En aquel instante, el timbre de la dirección reclamó su presencia. ¿Para qué le necesitaba el señor Zanuck?

Entró en el despacho, y su sorpresa fue grande al ver en él, junto a Fletcher, a Alexis Grachev.

—He comido con tu jefe —dijo el ruso, dándose cuenta del estupor que su presencia producía en Tommy—. Tuvimos mucho trabajo.

—En efecto —asintió Zanuck—. Te llamaba para interesarme por tu padre. El señor Garibotti me ha transmitido sus recuerdos y su gratitud. ¿Se siente optimista?

—Confía en la Justicia.

—Así debe ser. ¿Quieres hacerte rico en un año, Tommy?

—¿Cómo?

La serenidad del joven pareció agradar a los dos hombres, que cambiaron un comentario en voz baja. Zanuck repuso, con fingida indiferencia:

—¡Qué importa! ¿Sí o no? Lisboa es una capital en la que puede disfrutarse de la existencia como en ningún otro lugar del mundo. *Cabarets*, mujeres, champaña... ¿No te agrada esa trilogía?

—Nunca pienso en lo que está fuera de mis posibilidades.

—Yo pongo todo eso al alcance de tu mano.

Chispearon los ojos de Tommy. Fletcher y Alexis creyeron que de júbilo por su oferta, cuando en realidad era de cólera.

—¿A cambio de qué? Es la segunda vez que hago la misma pregunta. El señor Grachev me contestó que por mi silencio. ¿Y usted? ¿También tiene algo que ocultar?

—No. Deseo ayudarte. Tu padre... Bueno; es mejor que lo sepas. Hoy por la mañana fui a interesarme por su causa. Todas las pruebas están en contra suya.

Tommy, muy pálido, crispó ambos puños.

—¡No le condenarán!

—Yo también lo quisiera así. Sin embargo... La vida ofrece compensaciones. En lo sucesivo serás el hijo de un ajusticiado y...

—¡Calle!... ¡Calle le digo o...!

—¿Me amenazas? ¿Con matarme?

La sonrisa irónica de Zanuck terminó de exasperar al muchacho.

—¡Quién sabe! —repuso con fiereza—. ¡Mi padre no asesinó a Leo Kerr! Él, inocente, está encarcelado! otros asesinos siguen en libertad.

La mirada del joven se posó en el capitán del «Petrokow», que, sin pestañear dijo a Fletcher:

—No tomes en consideración sus palabras. Mejor será que hables con él en otro momento.

—Sí. Puedes retirarte, Tommy.

Apenas el joven hubo salido del despacho, los dos hombres, serios los semblantes, meditaron unos segundos.

—No queda otro remedio que eliminarle —comentó el ruso—. Los sentimentalismos pueden ser peligrosos. Has podido comprobarlo por ti mismo.

—Procede como estimes oportuno. ¿Vas a seguirle?

—No será necesario. He pensado que...

Mientras Grachev y Zanuck decidían la vida de Tommy Wood, éste, trémulo de ira, reprochando no haberse contenido para conocer a fondo las proposiciones de Alexis y Fletcher, descendió las escaleras que separaban la oficina de la calle, y anduvo sin rumbo fijo hasta que, más sereno, pudo precisar los detalles de la arriesgada aventura que iba a emprender aquella noche. ¿Y si le mataban? Procuraría que no fuese así. De no conseguir datos acusatorios contra Grachev... No completó la frase. No era necesario. Leo Kerr era la persona de confianza de Fletcher Zanuck, y el capitán del «Petrokow» tenía una íntima relación con el director de la «Empresa Naviera Lisboa». Tal vez esa cadena le llevara al descubrimiento de la verdad. ¿Qué importaban los riesgos?

Pensó en visitar a Rosa das Neves para interesarse por su salud. ¿Qué le sucedió a la muchacha, mientras conversaba con él? Pero si iba a la taberna, tal vez José o su hija adivinaran en su rostro que proyectaba algo extraordinario. Era mejor esperar en su domicilio el momento de dirigirse al muelle.

Abstraído en tales ideas, Tommy no reparó en que un hombre le seguía desde su salida de la oficina. ¿Otro marinero del «Petrokow», dispuesto a eliminarle?

CAPÍTULO V

Al sumergirse en las aguas de Doca de Alcántara, el joven notó un escalofrío, algo nunca experimentado hasta entonces, ni aun la noche en que fue testigo de la siniestra actuación de las tres sombras en la persona de un americano, según dijo la Prensa, sin añadir más detalles a la noticia del horrendo crimen. Lo que Tommy Wood sentía no era sólo miedo sino también, y en mayor grado, la influencia de lo desconocido.

No obstante, el temor del muchacho hubiese sido mayor de saber que un individuo, esgrimiendo un afilado puñal, se lanzaba tras él, provisto también de una escafandra de pesca submarina. Por fortuna lo ignoraba y, con suaves brazadas, tranquilizándose por segundos al contacto de las aguas, avanzó, sumergido, en dirección al misterioso navío ruso que tanto inquietaba a las autoridades lisboetas.

A través del amplio espejo protector de los ojos, Tommy pudo ver una mole oscura interceptándole el camino, y sus dedos rozaron la quilla del «Petrokow».

Con todo género de precauciones, adivinando posibles centinelas en la cubierta del buque, Wood alcanzó la superficie, y, quitándose la careta protectora, sin desprenderse del depósito de oxígeno, la dejó colgar sobre su pecho, mientras, en un movimiento maquinal, acariciaba una bolsa impermeable, en cuyo interior había una pistola y una navaja de marinero.

Despacio, preguntándose si encontraría propicio el ascenso al buque, rodeó el barco, deteniéndose junto a la popa al ver una cuerda rozando el costado del «Petrokow». Sin duda era la utilizada por Alexis Grachev y sus marineros para trasladarse a tierra.

Un sudor frío bañaba la frente del muchacho, quien, sin desfallecer a la momentánea debilidad, vencedor del impulso que le gritaba que huyese, apoyó los pies en las planchas del navío para

iniciar el ascenso, lo que pudo realizar en unos segundos. Antes de saltar a cubierta miró en todas direcciones. El silencio era absoluto.

Oculto por la barandilla de madera, sujeto aún a la maroma, examinó el puente del barco. Los segundos agigantábanse en el cerebro de Tommy, al compás del pulso que latía en sus muñecas y en sus sienes. Al sopesar los riesgos de la aventura, comprendió que el mayor riesgo estribaba en la precipitación, en su falta de experiencia, y se dispuso a no incurrir en fatales errores.

Le resultaba inconcebible que no hubiese centinelas en el «Petrokow». ¿Y si algún marinero permanecía oculto a su vista por cualquiera de los rollos de estacha o en la cabina del piloto, que se alzaba a proa? Apenas se había formulado tal pensamiento, una tos seca le hizo encoger el cuerpo para ofrecer menos visibilidad, al tiempo que escuchaba pasos a estribor.

Unas palabras, pronunciadas en un idioma desconocido para él, sin duda ruso, le pusieron en guardia. No era sólo un hombre sino dos, según dedujo al oír una voz distinta. ¿Se trataba del relevo?

Asomó unos centímetros la cabeza, viendo a dos marinos, de espaldas a él. Uno de ellos encaminóse a una escotilla inmediata a Tommy, y desapareció en el interior del buque; el otro alejóse despacio hacía proa. Era el momento deseado por el muchacho, quien, con felina elasticidad, saltó a cubierta, corriendo unos metros para protegerse en uno de los grandes cajones situados en el centro del puente, y en cuyas maderas pudo leer el nombre de la empresa de Fletcher Zanuck. Sin duda se trataba de piezas de repuesto para las máquinas del «Petrokow».

En cuclillas, tensos los nervios, Wood rasgó la bolsa impermeable para apoderarse de la «Skoda» que arrebató al individuo muerto al hacer explosión la lancha de Doca de Alcántara. Puso la navaja abierta en la correa que sujetaba a su espalda el depósito de oxígeno y, lentamente, con la automática empuñada por el cañón, anduvo hasta proa con el ánimo de reducir al centinela para operar con más libertad de movimientos.

La luna, que iluminaba el navío, destacó unos recios músculos en el torso, los brazos y las piernas de Tommy. Ya no era el muchacho audaz sino el hombre maduro que aprovecha todas las posibilidades de éxito.

El vigilante del «Petrokow» se hallaba sentado sobre una caja de

herramientas, mirando las luces de la ciudad. Sin duda, añoraba los bailes, las tabernas del puerto, las bellas mujeres portuguesas. Para llegar a él Wood tenía que atravesar más de cinco metros a pecho descubierto. Sus pies desnudos no hicieron ruido alguno. Cuando alzó la mano armada para golpear al marinero, éste, tal vez por aviso del subconsciente, volvióse, recibiendo el culatazo en pleno rostro. Tommy, sin darle tiempo a reaccionar, descargó varios puñetazos en su mandíbula.

Minutos más tarde, el hijo de Michael dejaba atado y amordazado al centinela, disponiéndose a realizar la parte más peligrosa de su visita al barco.

Al descender por la escalera vertical de hierro que comunicaba con el interior del «Petrokow», y por la que vio desaparecer al marinero relevado, su primera preocupación fue encontrar un escondite en el largo pasillo, al que daban luz unas lámparas de poca potencia, hallándolo en uno de los extremos, en un pequeño recodo. El silencio era absoluto, y Tommy, sigiloso, fue aproximándose a las diversas puertas para escuchar a través de las cerraduras. En una de las últimas oyó, muy tenue, unas palabras que le llenaron de inquietud.

—No olvides mis instrucciones. Conecta dinamita con la cerradura de la casa de Wood. Hay que terminar de una vez con ese entrometido. ¿Llevas la escafandra?

—Sí.

—Encontrarás la ropa en el nuevo escondite. Ten cuidado no te suceda como a Vulganov.

—Sé manejar los explosivos.

Tommy, bendiciendo la idea que le impulsó a su aventura, retrocedió precipitadamente hasta el recodo en el que permaneció oculto. Desde él pudo ver a Alexis Grachev, con uniforme de capitán de Marina Mercante, acompañando a un hombre provisto de equipo de pesca submarina, excepto el arpón o fusil de profundidad. Al ascender sus enemigos a cubierta, se dijo que si descubrían al centinela podía considerarse perdido. ¿Qué hacer?

Rápido como el pensamiento se introdujo en el camarote que acababan de abandonar los rusos ocultándose en el interior del armario ropero del fondo. El cuarto era el despacho y dormitorio de Grachev, tal vez permaneciendo allí averiguara datos de positivo

interés. Apenas Alexis se durmiera, le inmovilizaría como al vigilante para registrarlo todo, en busca de pruebas comprometedoras. Si la vigilancia del que mandaba el «Petrokow» prolongábase demasiado, le golpearía por la espalda. Era necesario que antes de dos horas abandonase el buque, a fin de que el próximo relevo no diera la voz de alarma.

Encogado en su improvisado refugio, Tommy sintió los pasos de su enemigo, y un diálogo en idioma ininteligible. Sonó la puerta del camarote al cerrarse, y unas palabras de Grachev le hicieron sonreír.

—Hablemos en portugués. Nos conviene perfeccionar el idioma.

—Como quieras, Alexis. La motora ha salido a alta mar. Es posible que hoy recibamos órdenes. Empieza a ser peligrosa la permanencia en Lisboa. Ese muchacho...

—No te preocupes por él. Si está en su domicilio será apuñalado. De no ser así, bastará la dinamita dispuesta convenientemente. Ya han ido a realizar esa labor. Ahora sólo nos resta imponer la disciplina en nuestros agentes secretos. Es preciso que vuelvan a temernos más que al «Intelligence Service» y al Servicio Secreto Militar de este país. ¿Vendrá Adriano Merea?

—Sí. Faltan diez minutos para la hora prevista. ¿Subo a cubierta?

—No es necesario. Conoce el camino. Le esperaremos aquí. ¿Qué se sabe de los nuevos agentes?

—No actuarán hasta que no zarpemos. Son disciplinados y cumplirán tus órdenes, Alexis.

—¡Nadie se atreve a desobedecerlas! Si lo hicieron los espías e informadores, es porque me imaginaban lejos. Ahora volveremos a obtener grandes éxitos. Los americanos e ingleses creen que nos interesa vigilar la escuadra. ¡Necios! Poseemos datos de todas sus armas. Lo único importante es mantener el control sobre los que nos sirven.

Las palabras de Grachev reflejaron orgullo, amenaza, ciego fanatismo. Tommy apretó nerviosamente la culata del arma, dispuesto a defenderse. Si le descubrían, su muerte era segura. Pasos inmediatos le hicieron aguzar el oído. La puerta del camarote se abrió para dar entrada a un individuo, al que pudo ver a través del ojo de la cerradura. Se trataba de un hombre alto y corpulento.

Iba desnudo, excepto un calzón de baño, y en su mano derecha llevaba una escafandra con depósito de oxígeno. Inmóvil esperó a que el capitán del «Petrokow» le dirigiese la palabra. Notábase intimidado.

—Siéntate, Merea. Hablas con el camarada Alexis Grachev, enviado especial. ¿Te siguió alguien?

—En Lisboa no sospechan de mí.

—Quizá sea porque nada has hecho en pro de nuestra causa, limitándote a percibir fuertes sumas de dinero. Estamos muy descontentos de tu labor.

Adriano Merea, palideciendo, fue a contestar, pero Grachev tornó a ordenarle:

—¡Repito que te sientes! Mis instrucciones han de ser obedecidas siempre.

El aludido accedió, disculpándose:

—La vigilancia es grande. Hay en Lisboa miembros de los Servicios Secretos americano e inglés y...

—¿Dónde dejaste la ropa?

—En el bote. ¡Continúan muriendo nuestros mejores hombres, apuñalados en las calles de la ciudad! El informador americano pereció en las proximidades de la Estación de Cascais, de una cuchillada en el corazón. ¿Sabéis quién lo hizo?

—Yo —repuso Grachev—. Era un traidor, y merecía morir. Fuiste torpe al admitirle a tus órdenes. Era un agente del C.I.A. infiltrado en la organización rusa. Por fortuna llegué a tiempo. Has puesto en peligro la seguridad de lo que tantos esfuerzos nos costó organizar.

—¡Actué de buena fe! En lo sucesivo seré prudente.

—No te daremos más oportunidades. Te encerraremos en un camarote para arrojarte en alta mar a fin de que sirvas de alimento a los tiburones. Los errores se pagan con la muerte. ¡Llévale abajo, Kavarobo. Y vuelve enseguida. Hay que recoger la ropa para que no quede rastro de él.

—A la orden.

Estremecido de pavor ante la crueldad de Alexis, Tommy encajó las mandíbulas con fuerza para dominar el pánico que comenzaba a invadirle. ¿Cómo enfrentarse por la violencia a toda una tripulación de seres esclavizados por una disciplina férrea? Permanecería oculto

mientras le fuese posible. Después...

—Los muchachos se encargarán de él, Grachev. ¿Quiénes quedan por liquidar?

A través del pequeño orificio de la cerradura, Tommy vio que el capitán del «Petrokow» tomaba una agenda del cajón central de su mesa, examinándola:

—Mañana nos ocuparemos de Freire de Veiga, otro portugués vendido al oro ruso y de Werner Scharch. Una vez que les eliminemos, habrá que hacer una visita a los otros agentes para anunciarles represalias si no extreman su celo. ¡Pase!

Habían llamado a la puerta y un marinero entró al escuchar la autorización de Alexis para cruzar con él unas palabras en ruso. «¿Habrán descubierto al centinela maniatado?», se preguntó Tommy, con alarma. Al salir el tripulante, el capitán del «Petrokow» dijo a Kavarobo, de nuevo en portugués:

—A los hombres hay que dominarles. Después del «sin novedad» que acaban de comunicarnos, nos iremos a acostar. ¿No te parece?

—Pero...

—Despiértame cuando regresen los de la motora. Estoy rendido. Conciliaré el sueño apenas mi cabeza roce la almohada. Hasta luego.

—Adiós, Grachev.

Sólo en su camarote, el capitán quitóse la guerrera, y sin desvestirse, apagando la luz, se acostó en la litera que había en uno de los laterales de la amplia habitación. Wood, con un suspiro de alivio, se dispuso a esperar a que Alexis se durmiera, lo que a juzgar por su acompasada respiración no tardó en suceder.

Despacio, milímetro a milímetro, el joven fue abriendo el armario. Al saltar al suelo se inmovilizó. Grachev roncaba suavemente.

De espaldas al capitán del «Petrokow», acercóse a la mesa de despacho con el deseo de apoderarse de la agenda en la que sin duda estaban consignados los nombres de los que integraban el Servicio Secreto ruso en Portugal. Ya la tenía en sus manos cuando algo duro se clavó en su espalda, y una voz amenazadora le conminó:

—¡No te muevas o disparo!

El cañón del arma le oprimía la columna vertebral, y Tommy,

sintiendo sus venas inundadas de hielo, no contestó, en espera de una oportunidad para volverse con probabilidades de éxito. Grachev no le dio tiempo, arrebatándole de un manotazo la automática «Skoda» que, al chocar con el suelo, se disparó.

—Careces de categoría para enfrentarte conmigo. El marinero vino a decirme que había un intruso en el barco, e imaginé que eras tú. Veo que no me he equivocado. Ignoraba si nos estabas escuchando, y decidí fingir.

Alexis oprimió el interruptor eléctrico, e iluminóse el camarote. Tommy, deseando dar a su enemigo una lección de valor, repuso:

—Acepté su invitación.

—Lo celebro. Tenía ganas de que habláramos sin que nadie nos interrumpiera —Grachev puso uno de sus zapatos sobre los pies desnudos del muchacho, quien mordióse los labios, para no lanzar un grito—. Perdona. Reconozco ese equipo que llevas.

—Era el de Vulkanov.

Kavarobo entró en el cuarto, esgrimiendo una pistola. Al ver a Alexis y a Tommy, preguntó:

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Al entrar hace un rato, de regreso del puente, me pareció que el armario estaba completamente cerrado. Yo acostumbro a dejarlo entreabierto. No di importancia al hecho. Al saber que alguien atacó al centinela, supuse la verdad. Avisa a la tripulación para que no sigan buscando, y regresa. Quiero que presencies el interrogatorio.

El capitán apoderóse del cuchillo que llevaba el joven Wood, depositándolo sobre la mesa, así como la automática.

—Una «Skoda». ¿La de Vulkanov?

—Sí. Sus asesinos no son hábiles. Es lógico en autómatas.

Alexis miró al muchacho con fiereza, con el propósito de intimidarle. La sonrisa del vencido le desconcertaba.

—No saldrás vivo, Tommy.

—¡Quién sabe! A lo mejor, es usted quien me acompaña a tierra.

—¿De veras?

—Si no estoy de vuelta en determinado lugar antes de tres horas, el barco se llenará de policías.

Grachev lanzó una sonora carcajada.

—Leíste demasiadas novelas policíacas, e ignoras lo más

elemental. Después de realizadas las inspecciones sanitarias y oficiales, nadie subirá a bordo del «Petrokow» sin que yo lo autorice. El buque es una prolongación de mi patria. Lo escuchaste todo, ¿verdad?

—No soy sordo.

—Me agrada tu sinceridad. ¿De qué te sonríes?

—De su concepto de lo hospitalario.

Regresó Kavarobo, quien, a una señal de su jefe, tomando unas cuerdas del cajón derecho de la mesa, indicó, mientras ataba a Tommy:

—Lleva el equipo de Vulganov.

—Sí. Procura no pisarle. Tus botas son recias, y le harían daño. Olvidaba presentaros. Es Tommy Wood, al que me referí en otras ocasiones. Kavarobo es mi primer oficial, diplomado en Odesa.

Intencionadamente, Kavarobo aplastó los dedos del pie izquierdo del muchacho, que esperaba tal trato. Su orgullo de portugués se impuso una vez más al dolor.

—¡Cobardes!

El primer oficial terminó de atar los brazos de Tommy al respaldo de una de las sillas.

—¿Le ligo también los tobillos?

—No. Temo que vamos a descuidarnos muchas veces, y a pisarle los pies desnudos. Veamos. Estás por completo a nuestra merced. Te anunciaré tres posibilidades, según te comportes. Una de ellas es tu traslado a Rusia, dejándote con vida. La otra una muerte rápida. La tercera...

Alexis hizo una estudiada pausa, admirando en su fuero interno el valor del joven, que le contemplaba sin pestañear.

—¿No oíste hablar de los procedimientos utilizados por los piratas en el siglo pasado? Cuando cogían a un enemigo, le tatuaban el cuerpo con cuchillos. Nosotros no somos tan bárbaros. Nos limitaremos a privarte de la comida y la bebida durante unas horas o una semana si resistieras, y con pequeños intervalos nos distraeríamos pisándote los dedos. Además... No será necesario que siga. Es de mal gusto. Llegaremos a un acuerdo. ¿No te parece, Tommy?

—Quizá.

—Cuéntanos lo de Vulganov.

—Fue sencillo. Le di una paliza, obligándole a arrojar al río los explosivos del bote. Debíó ponerse nervioso, y falló...

—¿Te apoderaste de su pistola y su escafandra?

—Sí. Espero que todos sus hombres sean tan cobardes como ése.

—¿Me espiabas la noche que te sorprendí con esa chica? ¿Me viste salir del agua?

—Hasta entonces ignoraba sus actividades. Estaba paseando, y me sorprendió verle subir a la lancha.

—¿Quién es ella?

—Una mujer.

—¿Cuál es su nombre y dónde vive?

Tommy, que esperaba tal pregunta, seguro de que Grachev no vacilaría en asesinar a Rosa para impedirla que le denunciara, guardó silencio.

—¿Me da un cigarrillo, Alexis?

—¡No! ¡Habla!

—Es poco amable, señor Grachev. Le desconozco.

—¿Cómo se llama esa muchacha? ¿Quiénes más conocen tu secreto?

—Los necesarios.

Kavarobo, a un nuevo signo de Grachev, puso una de sus botas sobre los dedos descalzos del joven, que no pudo contener un gemido de dolor. El primer oficial del barco dejó descansar el peso de su cuerpo sobre Wood. El capitán del «Petrokow», con tono falsamente conciliador, dijo:

—Es lamentable tu testarudez. Di lo que deseo saber, y te llevaré conmigo a Rusia.

—¿A un campo de concentración? He oído su diálogo desde el interior del armario, y sé lo que me espera.

—¿Cuándo entraste en el camarote?

—Después de verle salir con un individuo provisto de una escafandra. Estaba escondido en uno de los recodos del pasillo. Es inútil que me torture. Mi vida depende de que guarde el anónimo de quienes le denunciarán en el caso de que yo desaparezca.

El rostro de Alexis se endureció.

—Lo siento por ti. Voy a concederte cinco minutos para que pienses lo que te aguarda. Si pasado ese plazo insistes en no hablar...

Grachev dejó a propio intento la frase inconclusa, y aproximándose a la mesa de despacho, sacó de ella un afilado puñal, que entregó a Kavarobo.

—¿Crees que servirá?

El aludido tomó una cuartilla, y, sujetándola con la mano izquierda, la rasgó en dos.

—Sí. Apenas comience el «tratamiento» —matizó la frase— dirá cuánto nos interesa. ¡Estoy seguro de ello!

—Le daremos el cigarrillo que pidió, para que modifique el mal juicio que ha formado de nosotros.

Con sarcasmo, Alexis encendió un aromático «Abdullah», simulando colocarlo en los labios de Tommy Wood para dejarlo caer al suelo. El joven dijo:

—Poco elegante y poco generoso.

—Faltan dos minutos. ¿Insistes en tu obstinación? —Silencio por parte de Tommy—. ¡No perdamos más tiempo, Kavarobo! ¡Empléate a fondo!

El primer oficial del «Petrokow», con la sonrisa satisfecha de hombre al que le agrada provocar el ajeno dolor, apoyó la punta del puñal en el pecho de Tommy, oprimiendo suavemente, con sadismo...

CAPÍTULO VI

Michael Wood, al sentir que la puerta de su celda se abría, sentóse en el camastro. Fue a levantarse pero una voz amable se lo impidió:

—No se mueva. Perdone que venga a interrumpirle la siesta. Sé por sus carceleros que apenas duerme. Me sentaré junto a usted.

Epifanio de Souza, teniente de la Guardia Nacional Republicana, se acomodó junto al preso, con gesto amable. El excapitán de la Marina Mercante, reconociendo al hombre que tuvo para con él y su hijo toda clase de atenciones la noche en que fueron conducidos al cuartel de la rua das Necessidades, inmediato a la taberna de José das Neves, repuso:

—Guardo de usted buen recuerdo.

—Me limité a cumplir con mi deber. He de advertirle que mi visita es personal o, al menos, ajena al pleito que se le sigue por la muerte de Leo Kerr. Puede contestarme o no.

—Me agradará complacerla.

—Lo sabía. Por eso vine impidiendo que lo hicieran, a título oficial, otros camaradas. Estoy adscrito al Servicio de Información Militar desde hace varios años. ¿Un cigarrillo?

—Gracias.

Los dos hombres fumaron en silencio, solos en la celda de la que habíase retirado el carcelero, dejándoles encerrados. Epifanio da Souza miró el rostro noble de Wood, diciéndose íntimamente que aquel hombre no era un asesino.

—Tommy lo es todo para usted, ¿verdad?

—Sí. ¿Le ha ocurrido algo?

—Todavía, no. Tranquilícese. Vengo a pedirle me ayude a impedir que caiga en manos de un grupo de espías. No me responda aún. En mi época de soltero acostumbraba a frecuentar la taberna de José das Neves. Allí merendaba todas las tardes. Hice amistad

con José, una gran persona. ¿Imagina dónde voy a parar?

—Lo sospecho.

—Él me ha contado los sucesos de que Tommy ha sido protagonista, exigiéndome mi palabra de no intervenir en su favor ni darles carácter oficial hasta no recibir el consentimiento de usted. Conozco el sistema que Alexis Grachev utiliza para llegar a tierra, el crimen de la estación de Cascais, lo de Virginia, y por último, el ataque del marinero. Para convertirme en la sombra de su hijo y protegerle, no necesito su permiso. Sin embargo, yo quiero de usted algo más. Leo Kerr estaba siendo vigilado. ¿Qué sabe de él y de Fletcher Zanuck? Llevamos dos años intentando controlar los resortes que mueven el espionaje ruso, sin conseguirlo plenamente.

El oficial de la Guardia Nacional Republicana aspiró el humo, entreteniéndose en formar anillos en el aire. Deseaba dar a Michael el tiempo necesario para que meditase en la conveniencia de colaborar con el Servicio Secreto.

Wood, con la cabeza inclinada, indiferente a cuanto le rodeaba, pensó en los hechos que le amargaron los últimos años de su vida. Sí; era mejor que todo se resolviera de una vez. Tommy se hallaba en peligro, y Epifanio de Souza podía salvarle.

Con voz lenta, Wood, tras dirigir una larga mirada al teniente, que había prescindido del uniforme para vestir un traje oscuro, repuso:

—Confío en usted.

—No le pesará. Se lo aseguro.

—Supongo que José das Neves le habrá referido las circunstancias que me privaron del mando de buques mercantes. La niebla me jugó dos bromas de las que arruinan una carrera y una reputación. Durante algún tiempo, viví de mis ahorros, pero éstos se acabaron. Las compañías navieras rechazaron mi oferta de servicios, y hube de aceptar el empleo de ordenanza que Leo Kerr me ofreció en la empresa que Fletcher Zanuck acababa de fundar. Me hizo la promesa de que apenas compraran barcos, cosa que hasta ahora no ha sucedido, ocuparía el cargo que me corresponde, aunque quizá tuviera que hacer uno o dos viajes de primer oficial. Acepté. Transcurrió el tiempo, y la casa se especializó en reparaciones de navíos y en la instalación de motores y calderas. Aunque el puesto me humillaba, permanecí en él en espera de algo mejor. Necesitaba

mi escaso sueldo para sostener a Tommy.

Wood hizo una pausa antes de continuar:

—Una tarde, después de marcharse los empleados, me quedé en la oficina terminando de franquear unas miles de circulares y, sin querer, escuché un diálogo entre Kerr y Zanuck, que me hizo comprender que la «Empresa Naviera Lisboa» no era más que un pretexto para desarrollar actividades fuera de la Ley. Los dos hombres examinaban la conveniencia de formar parte, como colaboradores o informadores, de una red de espionaje extranjero. Tan interesado estaba escuchando, que no sentí a Leo aproximarse a la puerta y abrirla. Sorprendido, quise manifestar ignorancia, pero no me fue posible. Les amenacé con denunciarles y me dijeron que, de hacerlo, Tommy moriría. Delante de mi telefonearon a un desconocido, contándole lo que acababa de ocurrir, y ordenando el asesinato de mi hijo en el caso de que ellos fueran detenidos por mi culpa. Fui cobarde, y callé.

Michael arrojó el cigarrillo a uno de los extremos de la celda, y como Epifanio da Souza no le interrumpiera, prosiguió:

—A partir de entonces observé la conducta de Fletcher Zanuck y Leo Kerr, quienes admitieron como jefe de personal a un italiano, Nicolo Garibotti, que aún sigue en el puesto. Intercepté dos cartas en clave, y pronto tuve la convicción de que los tres hombres eran miembros de un Servicio Secreto, no pude saber cuál. En una ocasión Leo Kerr fue a buscar a mi hijo a la escuela, llevándosele a comer a su casa. Mi angustia fue enorme. Al devolverme a Tommy, el cajero pronunció unas palabras que jamás se borrarán de mi mente: «He podido matarle. De ti depende que el muchacho viva, y también el salir de tu apurada situación económica. Guarda silencio». Acababa de solicitar un anticipo para ropa, que me fue concedido. Me propuso formar parte de la organización a que pertenecían, y me negué rotundamente. Él, encogiéndose de hombros, dijo: «¡Allá tú!». Después...

—Sé sus deseos de que Tommy hiciera los exámenes previos para los estudios de Náutica, y lo demás figura en sus declaraciones. ¿Le amenazó en la taberna?

—Sí. Tropecé con él y...

—No se excite. Se lo ruego. ¿Qué hizo de las dos cartas interceptadas a que se ha referido?

—Darles el curso correspondiente. Contenían números y letras. ¿Velará por mi hijo?

—Se lo prometo. Temo que utilice la escafandra del marinero al que vio morir.

—No le entiendo. ¿Acaso imagina que se propone visitar el «Petrokow»?

—Sí. Adiós, señor Wood. Recibirá noticias mías.

Epifanio da Souza, incorporándose estrechó la mano de Michael para llamar después con los nudillos en la puerta del calabozo, que le fue franqueada desde el exterior. Antes de abandonar la celda, volvióse al acusado.

—Permanezca tranquilo. Velaré por él.

Ya en el exterior de la cárcel de Lisboa, el teniente de la Guardia Nacional Republicana y miembro del Servicio Secreto Militar, meditó sobre el futuro plan de acción y, penetrando en un bar, se puso en contacto con sus jefes solicitando de ellos el envío de una escafandra de las utilizadas en pesca submarina. Hubo de prometer:

—La necesito por si el muchacho se lanza a una aventura desesperada. No habrá complicaciones diplomáticas... A sus órdenes, mi coronel. Espero en el Parque de Eduardo séptimo, a la entrada de la rua Castilho... Gracias, señor.

El oficial, abandonando el establecimiento, cruzó la rua Marqués da Fronteira, donde se alzan los grises muros de la Penitenciaría, contigua al Cuartel de Ametralladores número 1, para penetrar en el jardín lisboeta, el más popular, quizá, por hallarse en él el Palacio de los Deportes.

Epifanio da Souza penetró en el Parque, acomodándose en uno de los bancos. Aún disponía de una hora para situarse ante el edificio de la Empresa Naviera dirigida por Fletcher Zanuck, aguardar la salida de Tommy Wood, y protegerle de sus implacables enemigos.

Pensó en su hijo, de la misma edad que el de Michael, sintiéndose orgulloso de que aquel año hubiera aprobado el ingreso en la Academia Militar.

Tras un breve descanso, anduvo despacio hasta el lugar concertado con su jefe, donde recibió un paquete de manos de un hombre alto y delgado que acababa de apearse de un automóvil. Aunque aparentaron no conocerse, eran viejos camaradas en el

contraespionaje.

Por la espléndida avenida de la Libertad, que enlaza el Parque de Eduardo VII con la Plaza de los Restauradores, el teniente dirigióse a «Bairro Alto» para situarse en un lugar estratégico desde el que pudiera ver sin ser visto a quienes entraban y salían de la oficina en la que Tommy prestaba sus servicios.

Al abandonar el muchacho su trabajo, fue tras él a prudencial distancia para no despertar sus sospechas. Era preferible que actuase en la certeza de que se hallaba solo frente a sus misteriosos enemigos, a fin de que fuera más prudente...

CAPÍTULO VII

Al sentir el frío del acero rozando su cuerpo, Tommy se estremeció, y, por un segundo, las fuerzas parecieron abandonarle. Alexis Grachev, que observaba sus reacciones, no pudo contener una sonrisa de triunfo que, captada por el joven, devolvió a este toda su vitalidad, haciéndole recobrase de su pasajero desmayo.

Kavarobo, que también se había dado cuenta de la impresión producida en Tommy por el contacto del puñal, miró a su jefe en demanda de órdenes.

—¡Sigue! Si grita, le amordazaremos.

El cuchillo clavóse en el lado izquierdo del pecho de Wood. Los dos hombres del «Petrokow», atentos a la criminal tarea, no repararon en que se abría la puerta del camarote para dar paso a un hombre desnudo, en cuya mano derecha brillaba un acero.

Durante breves segundos, el recién llegado observó la escena dándose cuenta de que sobre la mesa de despacho se hallaban dos «Skodas»: la de Alexis y la que le fue arrebatada a Tommy. El puño izquierdo del intruso se alzó en el aire, y Gavarobo, alcanzado en la nuca por el formidable mazazo, cayó al suelo sin conocimiento. Grachev, sorprendido, quiso esgrimir la pistola, pero el puñal de su adversario le rozó la garganta.

—¡Quieto o mueres!

Wood, que se consideraba perdido, mirando con gratitud y alegría a su salvador, dijo:

—No se confíe. Es un individuo peligroso.

—Lo tendré en cuenta.

Tommy no veía el rostro del que acababa de librarle de un horrible suplicio, pues éste, de espaldas a él, se apoderaba de las automáticas, insertando una en el cinturón del depósito de oxígeno.

Mientras encañonaba a Grachev, acercóse al muchacho de lado y le puso en libertad, diciéndole:

—Coge la pistola, y ocúpate de que nadie nos sorprenda. Voy a registrar el camarote.

Sólo entonces reconoció Tommy al que le hablaba.

—¡El teniente da Sou...!

—¡Calla! Echa la llave por el interior.

El capitán del «Petrokow», que había recobrado la serenidad, amenazó al miembro del Servicio Secreto portugués.

—¡Le costará caro lo que hace! Mi gobierno exigirá responsabilidades por lo que sólo puede calificarse de acto de piratería.

Epifanio da Souza, sin descuidarse en la vigilancia de su enemigo, repuso:

—No lo creo. Usted no se atreverá a informar a sus jefes de que Tommy y yo hemos burlado su eficaz sistema de vigilancia. Ordenarían ejecutarle. Además, a un asesino no se le escucha en ninguna parte.

—¡Hay que probarlo!

—Será fácil. Wood fue testigo del crimen cometido en las inmediaciones de la Estación de Cascais. ¿Quiénes son sus cómplices? Sólo pudo ver tres sombras en el suelo. Por fortuna le reconoció antes. Y yo he visto cómo iban a torturarlo.

Tommy, que había obedecido las instrucciones del oficial de la Guardia Nacional Republicana, le advirtió:

—En el cajón central de la mesa guarda una agenda con los nombres de quienes integran el Servicio Secreto ruso. Apodérese de ella.

—Nos llevaremos todos los papeles.

—En el armario hay una cartera de negocios.

—Dámela, y preocúpate de que Grachev no se mueva. Le llevaremos con nosotros a tierra.

El del Servicio Secreto militar portugués apuntaba al corazón de Alexis, mientras el joven encaminábase al lugar en el que permaneció escondido. Ninguno de los dos dióse cuenta de que Kavarobo movíase despacio para apoderarse del cuchillo que yacía a pocos metros de distancia, hasta que el primer oficial estuvo en pie y quiso agredir a da Souza, que apenas tuvo tiempo de apretar el gatillo de la «Skoda». El proyectil atravesó la garganta del segundo jefe del barco, matándole. Tommy detuvo en seco el

avance de Grachev.

—¡No se mueva o...!

—Me es igual —repuso, con altanería, Alexis—. La detonación hará que el camarote se llene de hombres a mis órdenes.

—Se equivoca, Grachev. Usted mismo, desde la puerta, dirá a los que vengan que vuelvan a los dormitorios, añadiendo que se le disparó incidentalmente un arma. ¡Ya se acercan! No olvide que le estamos encañonando.

El ruso acercóse a la entrada del camarote. A ambos lados, ocultos para los que llegaban, Tommy y Epifanio da Souza.

—¡No hable su idioma!

—Nadie más que Kavarobo, al que acaban de matar, y yo, conocemos el portugués. Tendrán que arriesgarse.

El del Servicio Secreto mordióse los labios.

—Siempre me consolaré llevarle de compañero al otro mundo.

—Alguna vez hay que morir.

Llamaron a la puerta, Alexis, con una serenidad que produjo admiración en el oficial de la Guardia Nacional Republicana, hizo girar el pestillo enfrentándose a un grupo de hombres, a los que dijo unas palabras, cerrando después.

—Les he ordenado que se fueran.

—Lo celebro por usted. Llena la cartera con todo lo que encuentres y... ¡Al suelo, Tommy!

Epifanio da Souza reparó a tiempo en la maniobra del capitán del «Petrokow», quien, con actitud distraída, habíase situado en uno de los rincones del camarote, fuera de una posible línea de tiro. Apenas el joven y el oficial rozaron con sus cuerpos el entarimado, les ensordeció una descarga cerrada, y numerosos proyectiles, atravesando la madera, fueron a clavarse en los muebles y paredes. Era un verdadero diluvio de balas. Tommy, con los dientes apretados, sintiendo aullar la muerte en derredor, miró al que por segunda vez acababa de salvarle la vida, que, desde el suelo, con rostro sereno, seguía apuntando a Alexis, en cuyo rostro el fracaso destacaba signos de crueldad y de temor.

—Me resultaba inconcebible semejante docilidad en un asesino, en un fanático. Los disparos atraerán la atención de las autoridades. Lo prefiero.

—¡Nadie subirá al barco! ¡Me amparan las leyes internacionales!

Se hizo el silencio. Los marineros del «Petrokow» habían cesado en la agresión. Una voz gutural dijo algo desde el pasillo, obteniendo una seca respuesta de Alexis.

En el intervalo, Epifanio da Souza se situó con Wood junto al ruso al que, inesperadamente, golpeó con la culata del arma, derribándole sin sentido.

—¡Huiremos por la portilla! No hay que pensar en salir a cubierta ni en permanecer ni un segundo más aquí.

—¿No nos llevamos a Grachev?

—No. Tengo órdenes que te sorprenderían.

—¿Órdenes negativas? —inquirió, con acritud, el muchacho.

—No discutamos. Arrójate al mar.

—¿Sin los documentos?

—¡Haz lo que te digo, y no te preocupes!

—¡Le ayudaré! Proyecta correr sólo el riesgo, y no debo permitirlo. ¡Manos a la obra, señor!

Sostuvo la cartera para que el miembro del Servicio Secreto introdujera en ella con más facilidad cuántos papeles había en la mesa, en lo que invirtieron escasos instantes. Epifanio da Souza abrochó la tapa, ayudando a Tommy a introducirse por la portilla que comunicaba con el río.

—¡Salta!

Tommy obedeció, sumergiéndose en el agua. Al alcanzar la superficie merced a dos enérgicos talonazos, sintió un chapoteo a su derecha. Su salvador se le reunía.

Ajustóse la máscara protectora esperando a que Epifanio da Souza, ya a flote, hiciera lo mismo. De pronto, percibió el ruido de varios cuerpos al chocar contra el agua; sus enemigos no renunciaban a la presa. Viendo al del Servicio Secreto esgrimir el puñal, apoderóse de la navaja que guardaba en el cinturón y, abriéndola, se aprestó a vender cara su existencia.

Al sumergirse, los pulsos le latían fuertemente, y la idea de que quedara poco oxígeno en el depósito, después de haber sido utilizado por Vulganov y por él en su ida al barco, desasosegándole, le hizo buscar la salvación en la huida, según vio hacer al oficial de la Guardia Republicana.

Una sombra se interpuso ante Tommy; dejóse hundir más, y volviéndose bruscamente al interrumpir el descenso, extendió el

brazo armado contra su enemigo. Notó resistencia, y algo cayó sobre él pateando en todas direcciones, mientras unas manos se aferraban en torno a su garganta, oprimiéndosela con furia.

El muchacho, sin acobardarse, tensó el cuello para resistir la presión, y clavó varias veces el cuchillo en el cuerpo de su adversario, desasiéndose. Lo hizo a tiempo. Otro marinero del «Petrokow» cruzóse frente a Tommy, pero éste, con plena conciencia del peligro, aprovechó una falsa maniobra de su adversario, y, de un solo tajo, le cortó la goma que comunicaba la escafandra con el depósito de oxígeno. Luego, sin presentar batalla, repugnándole matar aun en defensa propia, alejóse rápido de quien, falto de aire, no pudo seguirle.

Michael Wood había enseñado a su hijo a nadar prescindiendo de clasicismos, pero con rapidez, y el joven, inquieto por la suerte de Epifanio da Souza, dirigióse a Doca de Alcántara temeroso de ver interrumpida su fuga por alguno de los tripulantes del «Petrokow».

Cuando el muchacho ascendía por las escaleras del muelle, oyó el sonido de una motora. Al volverse pudo ver una lancha de la Guardia Fiscal dirigirse al navío, en el que no brillaba luz alguna.

Vistióse en escasos minutos, envolviendo la escafandra en un papel recio.

Tranquilo con respecto a su seguridad, miró al Tajo, con la esperanza de distinguir al que le había librado de una horrible muerte. Acongojado, sintiendo aproximarse las sirenas de los coches policiales, encaminóse a su domicilio.

Las emociones le habían hecho olvidarse de algo que recordó al introducir la llave en la cerradura. Al retroceder, con la alarma en el semblante, se dijo que la Providencia continuaba ayudándole. No entraría en su casa. Uno de los secuaces de Alexis Grachev dispuso un artefacto mortal para asesinarle.

Con paso rápido, nervioso, recorrió la distancia que le separaba de la taberna. José das Neves, que se disponía a cerrar el establecimiento, aproximóse a él con vivas muestras de gozo.

—¡Te salvaste también!

—Sí. ¿Sabe...?

—Dentro está Epifanio da Souza. Tuvo que luchar contra tres enemigos provistos de escafandras.

—Yo me desembaracé de dos.

El joven penetró en el establecimiento donde el oficial de la Guardia Nacional Republicana tomaba una taza de café, de espaldas a la puerta. No volvió la cabeza al sentir ruido, creyendo que regresaba José. Tommy, junto a él, con una sonrisa de alegría, exclamó:

—¡Enhorabuena, señor! Tuve miedo por usted.

El rostro de da Souza expresó extraordinario gozo.

—¡Y yo por ti! Por fortuna, estamos a salvo. Pienso en nuestra aventura, y creo que he soñado.

—Mis dedos doloridos me gritan lo contrario.

—Lo oí todo a través de la puerta. ¡Eres un valiente, Tommy!

—Hubiese muerto sin revelar la identidad de Rosa y su familia. Era lo que deseaban saber, para eliminar posibles testigos. ¿Cómo actuó tan a tiempo?

—Estuve siguiéndote desde que abandonaste la oficina. José, pensando en tu seguridad, tuvo el acierto de contarme la amenaza que pesaba sobre ti. Me entrevisté con tu padre, y me confirmó la historia. Lo demás puedes imaginártelo. Enterado de que conservabas el equipo submarino del marinero, y de la invitación de Grachev para que visitaras el buque, me hice con una escafandra. Era fácil adivinar tus intenciones.

—¿Me lo reprocha?

—Sí y no. Deseas la libertad de tu padre, y no te importa sacrificarte por conseguirla. Eso te honra. Sin embargo, debiste confiarte a las autoridades.

—Me hubieran encarcelado por lo de Virginia. ¡Yo no lo hice!

—Lo sé, Tommy. Ya tenemos la convicción que nos faltaba.

—¡Y las pruebas! —repuso, con ímpetu, el muchacho—. ¿Y la cartera?

—Hube de abandonarla para defenderme de tres enemigos. Estuve a punto de morir. Me obligaron a aceptar combate. Hube de remontar el río y descender por él más tarde, con el puerto cuajado de policías. Acabo de comunicar con mis jefes. Nada ha sucedido en el «Petrokow», según las declaraciones de su capitán. Dos marineros dispararon contra unos ladrones que intentaban penetrar en el barco, sin alcanzar a ninguno.

—¡Usted le habrá dicho que...!

—Se lo conté todo. No se puede proceder contra el buque. La

Ley...

El muchacho, irritado por la verdad que intuía en las palabras de Epifanio da Souza, exclamó con acritud y amargura:

—¡Qué Ley es la de ustedes! ¡Encarcela a un inocente, y permite que hombres como Grachev escapen!

—El «Petrokow», para justificar su prolongada permanencia en Lisboa, ha desmontado sus máquinas. Ponerlas en funcionamiento les llevará más de dos semanas. No pueden huir.

Los ojos del muchacho se animaron con un brillo extraño.

—Aún puede triunfar la justicia.

—Sí. Llevamos dos años tras la organización a que Alexis pertenece. Leo Kerr era uno de sus miembros, y tu padre no lo ignoraba.

—¿Por qué no le denunció?

—Le amenazaron con matarte. Espero que si conseguimos desarticular el espionaje extranjero, se demuestre al propio tiempo la inocencia de Michael Wood.

—¿Y de no ser así?

La pregunta de Tommy obtuvo una respuesta desconsoladora.

—Entonces, seguiría la acción de la Ley.

—Lo que significa su condena. ¿Me equivoco?

—Quizá no —repuso el oficial—. No nos atormentemos con hipótesis sin fundamento. Lo esencial es que estamos a salvo.

—Alexis Grachev también.

En el interior de la taberna hubo un largo silencio. José das Neves, llenando tres copas de licor, ofreció a sus amigos, mientras tomaba una para sí.

—No nos vendrá mal a ninguno.

Bebieron. Tommy Wood, muy despacio, con una sonrisa, hizo un relato de sus andanzas por el barco, hasta la intervención de Epifanio da Souza. Al oír el del Servicio Secreto que una motora se hallaba en alta mar, con un equipo portátil de onda corta, dijo:

—Ahora comprendo por qué nuestros esfuerzos en torno al barco fracasaban. Esos hombres actúan fuera de él. Has conseguido en unas horas más que mi departamento en el mes que lleva atracado el «Petrokow». ¡Adriano Merea un traidor! Militaba en el *Intelligence Service*; al menos, así consta en la copia de la ficha que consiguió uno de nuestros agentes. ¡Si pudiéramos libertarle, sería

un testigo de cargo contra Grachev! No me consolaré nunca de haber perdido la cartera y, con ella, la agenda en la que estaban anotadas las filiaciones de quienes integran el espionaje ruso. ¿Estás seguro de recordar bien los otros nombres?

—Completamente. Freire da Veiga y Werner Scharch están condenados.

—Procuraremos anticiparnos a sus verdugos. ¿Qué hiciste con la pistola, Tommy?

—Cayó al mar.

—Ven conmigo, y te entregaré otra. Si antes tu vida corría peligro, ahora el riesgo es mayor. ¿Piensas volver a la oficina?

—Desde luego.

—Acompáñame. He de darte ese arma.

Epifanio da Souza y el muchacho se despidieron de José das Neves, dirigiéndose al Cuartel de la Guardia Nacional Republicana en el que el teniente prestaba sus servicios. Fueron saludados por los centinelas de la puerta, penetrando poco después en uno de los despachos. El oficial rogó a Tommy:

—Espérame. Voy a telefonear.

Tardó más de quince minutos en volver, portando una automática plana de pequeño calibre.

—Toma. Procura no usarla más que en caso desesperado.

—Lo tendré en cuenta. ¿Qué hay de los explosivos colocados en mi casa?

—Irán a quitarlos miembros de la Sección Especial del Servicio Secreto. Mientras tanto, puedes dormir en el cuartel.

—Gracias. Prefiero hacerlo en casa de José das Neves. ¿Se pondrá en contacto conmigo, si no hay novedades?

—Sí, aunque mi labor, por ahora, consiste en evitar que te suceda algo irremediable. Adiós.

Tendió la mano a Tommy.

—Creo que aún no le he dado las gracias. A no ser por usted...

—¡Bah! No te preocupes. Una última advertencia. No conoces el «Petrokow». La noche de hoy la pasamos jugando a los naipes, en casa de José das Neves. Le previne en tal sentido. Aunque es improbable que Grachev se arriesgue a una investigación judicial, conviene no descuidarse. La audacia de ese hombre no tiene límites. ¿Qué te sucede?

—Me siguen doliendo los dedos de los pies. Temo que hayan empezado a inflamarse.

—Ven conmigo al botiquín. Me había olvidado de tus heridas.

Epifanio da Souza, con la destreza del hombre que en otras ocasiones se ha visto en circunstancias parecidas, al curar a compañeros alcanzados por las balas de los servicios de espionaje, desinfectó los dedos del muchacho, vendándoselos después.

—No será nada. Cambiarás las uñas.

—Gracias otra vez, señor.

—Hasta mañana. Procura descansar.

El joven recorrió la corta distancia que separaba el cuartel de la taberna de das Neves, quien le esperaba paseando por la acera de la casa. Al ver que el muchacho cojeaba, le preguntó:

—¿Tienes peor los pies?

—Se han hinchado.

—Vamos dentro. Toma pan y fiambres antes de acostarte. Las emociones abren el apetito.

—Todos son muy buenos conmigo, José. A usted y al teniente les debo seguir viviendo.

Tendido en el lecho, el joven Wood pasó revista a los acontecimientos, sintiéndose invadido por un miedo que le hizo temblar entre las sábanas. Sus nervios, tensos hasta entonces, se relajaron, produciéndole dolor en los músculos.

Cuando concilió el sueño, tras una larga vigilia, por su mente, en trágicas pesadillas, desfilaron los rostros de Kavarobo, de Alexis Grachev, de Virginia Kerr, de Vulkanov...

Al despertar, le pareció que acababa de dormirse, y por unos minutos, continuaron obsesionándole los fantasmas que perturbaron su descanso. Al incorporarse y sentirse una punzada en los pies, miró sus dedos. La inflamación no había aumentado. Con esfuerzo, pudo calzarse y, luego de refrescar su cabeza en el lavabo, dirigióse al comedor. Eran las ocho y veinte de la mañana. Rosa terminaba de desayunar para dirigirse al Instituto. Al ver a su amigo, dijo:

—Hola, Tommy.

—¿Qué tal te encuentras? ¿No te ha repetido la jaqueca?

Ella, ruborizándose, repuso:

—No. Te esperé ayer tarde para dar un paseo. ¿Por qué no viniste?

Wood, dándose cuenta de que la muchacha ignoraba lo sucedido a bordo del «Petrokow», contestó:

—Estuve vigilando por el muelle, sin resultado. ¿Qué dice el «O'Seculo»?



—Estuve vigilando por el muelle.

Señaló el periódico que descansaba sobre la mesa, a la izquierda de Rosa das Neves.

—Lo de siempre. Crímenes misteriosos, a cuyos autores no es posible identificar. Esta vez han sido las víctimas un portugués y un austríaco.

—¿Freire da Vega y Werner Scharch?

El asombro de la muchacha fue más elocuente que todas las palabras.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—No importa. Lo terrible es que se nos han adelantado.

—¿Quiénes?

—¡Las tres sombras!

Ante el recuerdo, Rosa palideció intensamente.

—¿Por qué no eres sincero conmigo, Tommy?

Él la miro con cariño. Poniendo una de sus manos sobre las de la muchacha, cruzadas sobre el periódico, replicó:

—¡A qué angustiarse por lo que no tiene remedio! Olvida todo lo que sabes.

—¡No podré mientras no estés a salvo, Tommy! ¡Habla!

El joven vaciló. Su duda fue breve:

—Es inútil, Rosa. Ahí llega tu madre.

Josefa das Neves, informada por su esposo de lo acontecido la noche anterior, saludó, afectuosa, a Tommy Wood.

—Te traeré el desayuno. Vas a llegar tarde al Instituto, Rosa.

—Ya me iba, mamá.

Salió la muchacha, y apenas lo hubo hecho, Tommy cogió el periódico para leer la noticia del doble asesinato. Freire da Veiga y Werner Scharch fueron encontrados muertos en la calle...

CAPÍTULO VIII

—Le llaman por teléfono, Tommy.

—¿A mí?

—Sí.

Wood siguió a la empleada hasta la ancha sala en la que tuvo el incidente con Virginia Kerr el día de su ingreso en la «Empresa Naviera Lisboa». Al tomar en sus manos el auricular que la mecanógrafa le entregaba, sus manos temblaron.

—¿Quién es? —inquirió.

—Soy José. ¡Rosa ha desaparecido!

La noticia era tan sorprendente, tan angustiada para el joven, que no acertó a responder a das Neves, el cual, ante el prolongado silencio, dijo:

—¿No me oyes? Algunas compañeras de estudio afirman que la vieron subir a un coche negro, conducido por un hombre. Según ellas, no hubo violencia. Al principio sospeché que pudiera tratarse de un amigo, pero son las cinco y no ha vuelto.

—¿Habló con da Souza?

—Sí. Ha prometido venir apenas le sea posible.

—Me reuniré enseguida con usted. Conserve la calma.

Colgó el auricular, y luego de agradecer a la empleada el que hubiese salido a llamarle, deseoso de ordenar sus pensamientos, acomodó en su silla de trabajo. La idea de que Rosa pudiera sufrir la misma suerte que Virginia Kerr, le entristeció, sumiéndole en la más viva desesperación. ¿Qué hacer para salvarla? ¡Todo, hasta morir por ella! Le sorprendió lo apasionado de su respuesta, y pudo comprender por vez primera que la muchacha le inspiraba sentimientos más profundos que los de la amistad o los derivados del afecto hacia los padres. ¿La amaba?

No pudo contestar a su pregunta, pues el timbre de la puerta le hizo incorporarse para franquearla. El estupor del joven fue grande

al ver a Alexis Grachev que le sonreía con burla.

—¿Me dejas entrar, pequeño héroe?

Tommy se rehízo del asombro producido por la presencia del capitán del «Petrokow», y esforzándose por no abalanzarse contra él y obligarle a declarar el paradero de Rosa, replicó:

—Aquí no soy más que un empleado.

—Vengo a verte a ti, y no al señor Zanuck. Empiezas a ser un hombre importante, Wood. ¿Me autorizas a sentarme?

—Hágalo si le parece. Yo prefiero continuar en pie.

—A tu gusto.

Alexis, con indiferencia, acomodóse en una de las sillas del amplio vestíbulo, encendiendo un «Abdullah».

—¿Quieres?

—Ahora no lo necesito. ¿Le duele mucho la cabeza?

—No tanto como a ti los pies. Andas con dificultad. ¿Tropezaste en algún sitio?

—Con Kavarobo. ¿Sirve de pasto a los tiburones?

El rostro de Grachev tornóse serio para preguntar, con fingido interés:

—¿Quién es Kavarobo? ¿Algún amigo tuyo?

—Uno de sus asesinos a sueldo.

Antes de encender el cigarrillo, Alexis lo golpeó en un mechero de metal. Al aspirar la primera bocanada de humo, sus facciones parecieron suavizarse, y en sus labios dibujóse una sonrisa indescifrable.

—Vengo a invitarte de nuevo a visitar mi barco. Es un buque muy interesante.

—¿Cree lo mismo Adriano Merea?

—No le conozco. Tengo escasas relaciones entre los portugueses. Me sucede lo contrario que a ti, joven afortunado. Me refiero a tu novia. Es una muchacha deliciosa.

Pese a esperar tal coacción. Tommy no supo contener su ira, y con extraordinaria violencia, cogió de las solapas al capitán del «Petrokow», que no hizo resistencia, limitándose a fulminarle con la mirada.

—¿Qué sabe de ella, Alexis? ¡Hable o...?

Una sonrisa sarcástica iluminó el rostro del ruso.

—¿Pretendes infundirme miedo? Conocí a esa chica en el

muelle. Después no he vuelto a verla.

—¡Miente!

—Piensa lo que quieras. ¿Vendrás al barco o no? Hoy he recibido un romántico regalo, que me recuerda los jardines de mi patria. Desde la Embajada me enviaron una rosa que llena mi camarote de perfume. Merece la pena verla. Un extraño rocío cubre sus pétalos, a modo de lágrimas.

—¡Canalla!... ¡Miserable!

Tommy crispaba los puños ante los ojos de Grachev que, impasible, arrojó la punta del cigarrillo al suelo, incorporándose.

—Nunca esperé tal actitud en correspondencia a una generosa oferta. Dueño eres de no venir a mi barco. Nada te obliga. Si cambias de opinión, me encontrarás en el restaurante de Tapada da Ajuda, en el Mirador de los Montes Claros. Hasta las diez gozaré allí de la naturaleza. ¡Ah! Es una pena que si te demoras en exceso, la flor se seque y no puedas volver a contemplarla más. Es un raro ejemplar por el que cualquier jardinero arriesgaría su vida. ¡Apártate!

Wood que, trémulo, se interponía entre Alexis y la salida, dudó unos segundos para dejar al fin el paso libre al capitán del «Petrokow», quien le previno en tono quedo:

—No cuentes a nadie lo que acabamos de hablar o me veré obligado a ocultar la rosa para que no me la roben. Soy celoso de mis tesoros. ¿Comprendido?

Sin aguardar respuesta, Grachev comenzó a descender la escalera. Tommy, al perderle de vista, preso de profunda crisis emocional, repitióse una y otra vez, primero para sí, luego en voz alta:

—¡He de matar a Grachev!... ¡He de matarle!

—¿Qué dices?

Volvióse el joven al sentir a su espalda la voz de Nicolo Garibotti. El jefe de personal, que había oído la última frase del muchacho, se estremeció al notar fija en sus ojos la mirada de Wood, enrojecida de cólera, húmeda de lágrimas.

—¿Te quedaste mudo?

Wood cerrando la puerta, contestó:

—¡Alguien pretende hundirme igual que a mi padre!

Desconcertado, el italiano repuso:

—¡Explicáte mejor! ¡No te entiendo!

—¡Más le valdrá para el futuro! ¡Pobre del que se interponga en mi camino!

Sin más palabras, Tommy abandonó la oficina deseoso de encontrar a Epifanio da Souza, el bravo oficial de la Guardia Nacional Republicana y miembro del Servicio Secreto Militar para proceder con él al rescate de Rosa das Neves.

Un tranvía le condujo desde «Bairro Alto» a la rua de Oliva, en su confluencia con la de la Torre de Pólvora y, a pie, hizo lo que le restaba de camino hasta la taberna del que imaginaba atribulado matrimonio. Durante el trayecto, Tommy fue ordenando sus ideas. No convenía que José ni su mujer conocieran su diálogo con Alexis Grachev. Tal vez, por espíritu tradicional, denunciaran el hecho a las autoridades, junto con el nombre del culpable, lo que equivalía a la muerte de Rosa. No. Era mejor rescatarla con la privada colaboración del Servicio Secreto.

Dueño de sí, confortado con el pensamiento de que en último extremo le quedaba el recurso de cambiar su vida por la de la muchacha, Wood cruzó la sala destinada al público para penetrar en la trastienda del local, domicilio de José y su esposa, quienes se incorporaron al verle. Epifanio da Souza, que fumaba un cigarrillo acomodado en una de las sillas, le hizo un gesto de saludo que era, a la vez, una muda advertencia.

—¿Sabes algo de ella, Tommy?

El aludido, mirando al tabernero, respondió:

—Es pronto aun. Cálmese. ¿Quién va a hacerla daño?

—¡Ese Grachev! ¡Nadie puede haber sido más que él!

El joven, cruzando una mirada de inteligencia con Epifanio da Souza, apresuróse a replicar:

—Estuvo en la oficina. De ser el raptor, me habría dicho algo, en el afán de presionarme para que guardara el secreto de sus actividades. Me dio un cigarrillo, mostrándose cordial conmigo. El teniente y yo nos ocuparemos de Rosa. ¡Sobre todo no avise a la policía!

—¿Por qué? —preguntó Josefa, dominando sus lágrimas.

—Tommy dice bien —intervino el oficial de la Guardia Republicana—. Conviene saber las intenciones de los que la han secuestrado. Tal vez la alarma sea infundada, y ella se presente para

extrañarse de que no recibieran su aviso. No hay que descartar la hipótesis de que haya sido invitada por algún familiar o amigo y...

José das Neves, interrumpiendo al que hablaba, movió la cabeza con pesimismo.

—Rosa es incapaz de hacer nada sin nuestro permiso, y menos aún en las actuales circunstancias. Gracias, da Souza, pero sus argumentos carecen de base. ¿Nos aconseja lo mismo que Tommy?

—Sí. De ser necesario, haremos una visita al «Petrokow». Vamos, muchacho. Pronto sabrán noticias nuestras. No se inquieten, y tengan fe.

Epifanio da Souza salió de la taberna seguido de Wood, el cual, una vez más, rogó al matrimonio que no comunicaran el rapto a la policía para no empeorar la situación.

Ya en la calle, mientras caminaban sin rumbo fijo, el joven puso en antecedentes a su camarada del diálogo sostenido con Alexis, y de sus claras alusiones. Al terminar, el de la Guardia Nacional Republicana dijo:

—Al verte imaginé algo semejante. Eres un inapreciable colaborador. ¿Qué piensas?

—Aún no lo sé.

—Rosa no está en el barco. Mis hombres vigilan el muelle, y ninguna mujer subió al «Petrokow». Estuve a verles para que me confirmaran tal noticia.

—¿Entonces cree que...?

—La hija de das Neves se encuentra en Lisboa, oculta en cualquiera de los refugios de Grachev. Acompañeme a mi despacho del cuartel.

—Prefiero esperarle fuera. Quizá nos sigan, y no quiero que Grachev suponga que he ido a pedir ayuda a las autoridades.

—¿Llevas la pistola?

—Sí.

—Escúchame con, atención. Permanecerás aquí exactamente quince minutos. Mira ese reloj, a tu izquierda. Pasado el plazo, actuarás de acuerdo con las normas dictadas por Alexis, insistiendo, eso sí, en no entrar en el barco por tener la certeza de que Rosa no se encuentra allí. Debes acceder a las exigencias de Grachev, siempre y cuando te conduzca junto a la muchacha.

—Pero...

—Eso es todo. ¡Ya va siendo hora de que demos la ofensiva a la M. G. B.!

¿De acuerdo? —Tommy asintió con el gesto—. No necesito prevenirte sobre el peligro que vas a correr. Adiós.

Alejóse el teniente con paso rápido, y Wood, encendiendo un cigarrillo, simuló abstraerse contemplando los volúmenes del escaparate de una cercana librería. Imaginaba cuáles eran los proyectos de Epifanio da Souza. Se estremeció. No era agradable la idea de morir, y menos cuando acababa de darse cuenta de un amor incubado durante años en lo más recóndito de su corazón. Además, su padre le necesitaba.

Languidecía la tarde. La ciudad, al recibir la tenue luz del sol poniente, realzaba su belleza en los barrios típicos, con callejas estrechas y escalones que salvaban los desniveles. Por un segundo, Wood creyó adivinar el espíritu de unos siglos en los que el oro corría profusamente por el puerto merced al gran comercio con África y al ser el Tajo el sitio ideal para toda clase de transacciones, en particular de especiería. Algunas de las calles conservaban el aspecto místico, claustral, de las épocas anteriores.

El joven, que aspiraba el humo del cigarrillo, encontrando en él un sosiego para sus excitados nervios, miró el reloj varias veces hasta que, a la hora prevista, emprendió el camino a Tapada da Ajuda, el espléndido Parque, penetrando en él por el Instituto de Agronomía.

Al internarse en las arboledas, que anticipaban con sus sombras el crepúsculo, Wood sintió miedo. Nadie le seguía. Por dos veces se detuvo a comprobarlo.

La noche avanzaba con rapidez, y Tommy apresuró el paso, temeroso de que le dispararan a traición desde cualquiera de los macizos de boj que bordeaban los senderos y caminos de Tapada da Ajuda. Al llegar a «Miradouro dos Montes Claros», uno de los lugares más bellos de Lisboa, respiró con alivio. Eran numerosos los turistas que paseaban en torno a los pequeños estanques o que, acomodados ante mesas, consumían licores y refrescos. La agradable temperatura del primer mes del verano acentuábase en el espléndido parque lisboeta, donde las flores saturaban el aire de suaves olores.

El restaurante, con su gran sala interior y la terraza, atrajo las

miradas del joven. En uno de los laterales, al aire libre, Alexis Grachev tomaba el aperitivo. Al ver al muchacho se incorporó, haciéndole señas para que se aproximara.

—Hola, Tommy. Celebro tu sensatez. ¿Vienes solo?

—Por completo.

—Lo celebro por ti y por Rosa. Siéntate.

—¿No niega que la ha capturado?

—Ya no es necesario. Afrontaremos la situación de hombre a hombre. Estabas muy nervioso en la oficina y, además, existen aparatos de cinta magnetofónica que pueden registrar conversaciones. Aquí nadie nos oye. ¿Quieres cenar conmigo?

—¡Quiero saber a qué atenerme! —repuso Wood, secamente.

—Una cosa no estorba la otra. La carta, camarero.

Un sirviente aproximóse al ruso, y, con marcada deferencia, le entregó una cartulina impresa. El capitán del «Petrokow», depositándola sobre la mesa, dijo:

—Elige el menú, Tommy.

—Hágalo usted si lo prefiere. Tengo poco apetito.

—A tu gusto.

Grachev señaló varios platos, eligiendo cuidadosamente los vinos. De nuevo solos, el muchacho, mirando inquisitivo a su interlocutor, comenzó:

—He de advertirle que no soy fácil de engañar. Rosa no está en el «Petrokow», sino en uno de los refugios que utilizan sus espías. ¿A quién mira?

—Quizá al que te ha dado esa información. Me ha seguido desde mi salida del barco. Es ese hombre.

Tommy aprovechó la oportunidad que se le brindaba para recorrer con la vista todas las mesas. En ninguna de ellas se hallaba Epifanio da Souza. ¿Qué le habría ocurrido? El que discretamente señalaba Alexis, era un individuo de corta estatura y mediada edad, que fingía leer un periódico.

—¿Qué hay de Rosa?

—Está en sitio seguro. Nada le ocurrirá si eres sensato.

—¿En qué consistirá mi sensatez?

Grachev recostóse en la silla, con aire satisfecho. Le agradaba la sumisión del joven.

—Te enrolarás de marinero en el «Petrokow». No te preocupes

por el pasaporte. Mi embajada ha comenzado a gestionarlo.

—¿Desea arrojarme por la borda en alta mar? No creo que sean otras sus intenciones.

—Siempre es más agradable que morir torturado en un camarote. Tal vez cambie de idea. En mi patria, te lo repito, existen academias oficiales para los que quieren dedicarse al mando de buques, de guerra o de transporte. Lo único que me interesa es tenerte a mis órdenes.

—¿Mi muerte no?

—Ya no, al menos en Lisboa. El Servicio Secreto me sigue la pista, y no quiero dar a sus agentes pretexto para que me detengan o atrasen la salida del barco. Ésa es la única condición que exijo para la libertad de Rosa. Ella niega ser tu novia, quizá para salvarte.

—Es cierto. Nunca hablamos de amor.

—Sin embargo, bastó que uno de mis hombres le dijera a la salida del Instituto que estabas herido, para que no vacilara en subir a un automóvil con el fin de reunirse contigo.

—Somos como dos hermanos.

—No; al menos en lo que a la chica se refiere. Conozco a las mujeres. Desde aquí iremos a un fotógrafo para conseguir los retratos que necesita tu documentación. Luego subirás al «Petrokow» en calidad de tripulante, por tu propia voluntad. Apenas esto se realice, Rosa volverá a su casa. No me contestes ahora. Tienes para pensarlo hasta que acabemos de cenar. Al menor signo de engaño o estúpido heroísmo, ordenaré el asesinato de Rosa y su familia. ¡No quiero correr más riesgos! Ella garantiza tu obediencia, y tú las vidas de los que quieres.

—Una jugada doble —comentó el muchacho.

—En efecto.

Acercóse el camarero portando una bandeja con viandas y vino. Alexis y Tommy comieron en silencio, abstraídos en sus ideas. El joven meditaba en la forma de abordar al ruso para asegurarse de la libertad de Rosa.

Por un momento, Wood se dejó ganar por el influjo del ambiente. El lujo, el espléndido menú encargado por Grachev, la música que, lejana, parecía envolverlo todo, y las bellas mujeres que en la pista de baile danzaban con suavidad, ingravidas, hablábanle con seductores acentos de un desconocido para él, que

le tentaba hasta tal extremo, que por un minuto olvidó a Rosa das Neves y al hombre bueno que, en la cárcel, purgaba un delito del que no era culpable.

A los postres, mientras el camarero depositaba dos tazas de café ante Wood y Grachev, una vocalista comenzó a entonar un «fado», llenándolo todo de melancolía. Era noche cerrada, y la luna contribuía a aumentar el encanto del Mirador de Tapada da Ajuda.

El capitán del «Petrokow», que no dejaba de observar al muchacho, dijo:

—Esto es lo que te ofrecimos Fletcher Zanuck y yo.

La voz odiada rompió el sortilegio que cercaba a Tommy, el cual, encendiendo uno de sus cigarrillos, repuso:

—La felicidad no puede cimentarse en la traición. Amo, en efecto, a esa muchacha, pero no hasta el extremo de sacrificar mi vida sin la certeza de que ha de obtener la libertad. Supongo que para enrolarme en su barco, habré de firmar un contrato de trabajo.

—Así es.

—Sólo lo haré en presencia de Rosa. Si usted no accede, haga lo que le parezca oportuno.

Wood, pese a no ser sincero, convenció a Alexis, para quien el sacrificio era un gesto ridículo, un síntoma de enfermedad o vejez.

—¿No te importa que muera?

—Por importarme, no estoy dispuesto a ser un necio, a darlo todo sin exigir nada a cambio. Por mi parte, nada más tengo que decir.

Grachev bebió el café a pequeños sorbos, paladeándolo. Tommy dióse cuenta de que meditaba si aceptar o no su proposición.

—Esperemos aún. Quiero hablar con una mujer encantadora.

Alexis, incorporándose, dirigióse a una mesa inmediata, ocupada por un grupo de bulliciosos jóvenes, a juzgar por sus risas, y cruzó unas palabras con una muchacha alta, de rostro exótico y mirada profunda. Segundos después danzaban en la pista, con singular maestría. ¿Era ella una agente al servicio de Moscú? Le pareció que conversaban sin apenas mirarse. Al terminar la pieza, Grachev, acompañó a su pareja a la mesa, y reunióse con Tommy.

—Un largo paseo favorece la digestión.

Hizo una seña al camarero y, luego de abonar el importe de lo consumido, en unión de Wood, caminó despacio por el parque hasta

la salida de «Bairro Salazar».

Durante más de una hora, en completo silencio, fumando a breves intervalos, el ruso y el hijo de Michael caminaron por el oeste de la ciudad, para detenerse en la confluencia de la avenida de Ceuta con la rua de Arco de Carvalho.

—Aquí nos separaremos, Tommy. No acostumbro a correr riesgos inútiles. Debes dirigirte al número 22 de Estrada da Pimenteira. Es un chalet. Allí encontrarás a Rosa y a dos de mis hombres con instrucciones concretas. Yo vuelvo al barco. Mi seguidor no me pierde la pista, y voy a decepcionarle una vez más. Hazte mañana las «fotos». Y sobre todo no olvides que ella será la víctima de cualquier audacia tuya.

—Lo tendré presente.

—Hasta mañana, Tommy.

Grachev, con paso lento, emprendió el camino del muelle. Tras él iba el mismo hombre al que vieron en el Mirador de Tapada da Ajuda.

Desconcertado, el joven miró en todas direcciones, deseoso de descubrir a Epifanio da Souza para pedirle consejo. Sólo pudo ver a transeúntes desconocidos para él, que pasaban a su lado, ajenos a lo que no fuesen sus propios problemas.

Con un suspiro, Tommy, acariciando su automática en el bolsillo derecho de la americana, anduvo en la dirección indicada por Alexis. No había gran distancia hasta la carretera de Lisboa a Cascais, que comunicaba con Estrada da Pimenteira, en las afueras de Lisboa. Iba diciéndose a sí mismo que se comportaba de modo absurdo al ir en busca de una muerte segura. Por vez primera en la noche vaciló, y un deseo de regresar junto al matrimonio das Neves, en espera de noticias del teniente da Souza, le hizo detenerse y permanecer inmóvil, luchando entre impulsos contradictorios. Al fin se dispuso a reanudar el camino. Apenas lo hubo hecho, una horrible aparición arrancó de su garganta un ahogado grito de espanto. Tres sombras le envolvían. Quiso esgrimir su pistola pero el terror no le dejaba mover los brazos.

Volvióse, sin embargo, con un formidable esfuerzo, para distinguir a tres hombres, cubiertos con capas y negros sombreros. Uno de ellos alzó un puñal en el aire, en el preciso instante que Tommy se apoderaba de su arma, aun comprendiendo que no le

darían tiempo a utilizarla.

Cerró los ojos, incapaz de enfrentarse a la muerte. Varias detonaciones, sorprendiéndole, le hicieron mirar al peligro. Su asombro fue grande al ver que los asesinos caían, como segados por una hoz gigantesca.

—¿Estás bien, Tommy?

Un individuo, ataviado a la usanza de los marineros portugueses, aproximábase al muchacho junto a dos hombres vestidos con trajes de chaqueta.

—¡Da Souza! Le he reconocido por la voz.

—Mis camaradas y yo intervinimos a tiempo.

—Creí que había perdido mi pista.

—Actué sobre seguro situándome en el Mirador antes de que tú llegaras. Os seguí a distancia, dándome cuenta de tu nerviosismo. Examinemos los cadáveres. Las tres sombras te esperaban ocultos en los árboles.

El oficial de la Guardia Republicana y miembro del Servicio Secreto Militar arrodillóse junto a los cuerpos, con el afán de descubrir en ellos signos de vida.

—¿Es alguno Grachev? —inquirió Tommy.

—No. Son desconocidos, y han muerto. No llevan documentos. ¿No te equivocarías en la estación de Cascáis?

—¡Alexis era uno de los criminales! Estoy seguro. Rosa le vio también.

—No te excites. ¿Por qué viniste a las afueras de la ciudad?

Tommy refirió su diálogo con el ruso, y su aceptación de las condiciones mutuas.

—Creí que las respetaría. ¿Tanto es lo que le preocupó?

—Eres un valioso testigo de cargo.

—¿Cómo descubrió la identidad de Rosa?

—Debió serle fácil, a través de sus «informadores» portugueses. Los das Neves son tus únicos amigos. Iremos a ese hotel de Estrada da Pimenteira. Entrarás tú solo y nosotros te protegeremos como ahora. ¡Si tuvieran allí a la muchacha...!

—¿Lo duda?

El teniente de la Guardia Nacional Republicana asintió con el gesto y la palabra.

—Tal vez se trate de una segunda trampa preparada para el caso

de que fallara la primera. La sorpresa te impidió utilizar la pistola, ¿no es así? Igual debió sucederles a las otras víctimas. La policía se ocupará de los cadáveres. Ve delante, y no te preocupes por tu seguridad.

Al pronunciar tales palabras, Epifanio da Souza puso una de sus manos sobre la espalda del muchacho, dándole cariñosos golpes. Tommy, conmovido, dijo:

—Gracias. Le debo mucho.

—Haces tú más por la patria que yo por ti. Estamos en la esquina de Estrada de Pimenteira.

Tommy torció a la derecha, seguro de sí, con un optimismo que había de sufrir un rudo golpe. Salvo tres «chalets», con los números 12, 14 y 16, el resto de la acera estaba sin edificar. Ante los solares, el joven crispó los puños con fuerza. Da Souza, aproximándosele, quiso animarle:

—No te angusties. Volvamos a la taberna. Por el camino trazaremos un nuevo plan para liberar a Rosa.

—¿Y sus compañeros?

—Han vuelto al Cuartel General para comunicar las novedades. Nada nos resta que hacer aquí. La mujer con la que Grachev bailó es vigilada. El Servicio Secreto se dispone a dar la definitiva batalla.

Tommy y Da Souza emprendieron el regreso al establecimiento de bebidas del matrimonio das Neves. El teniente de la Guardia Nacional Republicana no cesó de hablar durante el trayecto, exponiendo sus proyectos al muchacho, quien, al oírle, recobró la confianza.

CAPÍTULO IX

Le temblaban levemente a Tommy las piernas al ascender por la pasarela del «Petrokow». Detúvose a mitad del camino para mirar por última vez a la ciudad, a la que quizá no regresaría nunca. Pensó en su padre, reprochándose no haberle pedido consejo. Mas ya eran inútiles las recriminaciones. Para bien o mal su destino estaba trazado.

En cubierta, contemplándole con una sonrisa de superioridad, Alexis Grachev fumaba un grueso cigarro puro. Su aspecto confiado era un reto a cuántos habían intentado demostrar su culpabilidad.

El muchacho, muy pálido, llegó a la cubierta, y dijo:

—Creo, señor, que estará satisfecho de mí.

—En efecto.

—Vengo a enrolarme en su barco, conforme me indicó. Tome mis fotografías para el pasaporte.

—Te admitiré a mis órdenes si me prometes plena obediencia.

Tommy observó que los marineros cuchicheaban formando grupos. Quizá se preguntaran la razón por la que se ponía voluntariamente en manos de sus enemigos.

—Procuraré no darle motivos de queja, señor.

—De eso estoy seguro. ¿No traes equipaje?

—Vendí mis ropas. Supuse que ustedes me facilitarían un equipo completo.

—Así es. Ven a mi camarote. Quiero hablar contigo. Acostumbro a hacerlo con todos los que, por vez primera, solicitan depender de mí.

Tommy Wood siguió a Grachev hasta el lugar por el conocido, y del que pudo escapar merced a la heroica intervención de Epifanio da Souza. Al sentarse en una de las sillas, ante la mesa, el joven no supo contener una sonrisa burlona.

—¿Te divierte el recuerdo? —inquirió Alexis.

—No demasiado. Pienso en la cartera de documentos de que nos apoderamos.

—¿Te refieres a ésta?

Con gran asombro de Tommy, Grachev le mostró el estuche de cuero, que extrajo del armario.

—¿Cómo es posible...?

—Uno de los que os atacaron la vio hundirse, y pudo rescatarla. Fue providencial para mí. Por eso he permanecido tranquilo, en la certeza de que las autoridades portuguesas carecen de pruebas. Ni tú ni el que te salvó podéis denunciarme, porque yo lo haría a mi vez acusándoos de falsedad y de intento de robo o espionaje en un barco al que ampara un pabellón extranjero.

—¿Pondrá en libertad a Rosa?

—Desde luego.

—¿Me dejará verla?

—No.

Los ojos de Tommy se animaron con una luz de sospecha.

—¿Cómo sabré que está en libertad?

—Tendrás que fiarte de mi palabra.

—¿Igual que anoche? Por medio de la mujer con la que estuvo bailando en el Mirador, ordenó apuñalarme. Ninguno de los criminales regresará al barco. ¿Se ríe?

—No eran marineros del «Petrokow». ¿Les mataste tú? —Wood asintió con el gesto—. Dudaba de ello. Me di cuenta de que tres hombres nos seguían.

—¿No niega su intento de asesinato?

—No lo considero necesario. Nadie me habría culpado. Un agente del Servicio Secreto vigilaba todos mis movimientos. ¿Comprendes?

—¡Es usted diabólico!

Alexis lanzó una carcajada.

—El más fuerte y el más hábil. Me divierte burlar a los mejores sabuesos de todo el mundo. Firma el contrato de trabajo. Lo tenía preparado.

—¿Me esperaba?

—Sí. El amor obra milagros.

Tendió una mecanografiada cuartilla a Wood, quien la leyó atentamente.

—Veo que me contrata para ayudar al montaje de los motores. Apenas este cese, prescindirá usted de mis servicios.

—Es la fórmula legal, mientras obtenemos tu pasaporte.

—¿Y si no lo consiguiera?

—Puedes ocultarte como un polizón. ¿Conforme o no?

Tommy, deseando conocer las verdaderas intenciones del capitán del «Petrokow», inquirió.

—¿Y si me negara?

—Volverías a tierra. No siempre vas a tener la misma suerte de anoche. Movilizaría a todos mis agentes con la orden de eliminarte. En cuanto a Rosa...

El muchacho, con trazo enérgico, rubricó un compromiso que le ligaba a la despótica autoridad de Grachev, quien le entregó una copia firmada por él.

—Guarda el duplicado. En lo sucesivo, respetarás las órdenes de mis oficiales. Te presentaré a Vanya Gromov, al contraamaestre. Los honorarios constan en el compromiso. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Una última advertencia. No debes subir a cubierta. Tu labor se desarrollará en el interior del buque. Desde que ocurrió un suceso desagradable, los marineros de guardia tienen orden de disparar sin previo aviso, y tú no eres persona grata.

—Entendido. Puedo considerarme prisionero. ¿Cumplirá su palabra de libertar a Rosa?

—Sí. Ven conmigo.

Alexis, seguido del joven, que había recobrado por completo el aplomo, anduvo por el pasillo, a cuyos lados se hallaban los camarotes de los tripulantes, para descender a la sala de máquinas donde varios hombres, con las manos y ropas manchadas de grasa, afanábanse en poner a la nave en disposición de zarpar. Un individuo alto, de torva mirada, se acercó a Grachev con visibles muestras de respeto:

—A tus órdenes —le dijo.

—Éste es el muchacho de que te hablé. Dale un trabajo fácil, y proporciónale ropa y alojamiento. Se queda con nosotros.

—Bien.

—Cerciórate de que no lleva armas. Es muy... belicoso.

—No tengas cuidado, capitán.

—Se llama Tommy Wood. Ahora voy a tierra. Me respondes de él con tu vida.

Sin más palabras. Alexis abandonó la sala de máquinas, en la que el contraamaestre ordenó al joven con sequedad:

—¡Ven!

Le condujo a un amplio camarote, con diez literas, en una de las cuales había un envoltorio de ropas. Tommy preguntó.

—¿Es aquí donde he de dormir?

—Sí. Lo harás en la misma cama que Vulganov, y utilizarás sus efectos personales. ¡Alza los brazos!

Wood obedeció sin replicar, y Vanya Gromov hizo un cacheo minucioso de sus ropas, quitándole una navaja.

—Ponte el mono azul, y reúnete con nosotros. No tardes. No me gustan los perezosos.

El contraamaestre salió, ignorante de la alegría del joven que, por consejo de Epifanio da Souza, llevaba sujeta con esparadrapo en la pierna izquierda, debajo de la rodilla, una automática de pequeño calibre. De haberse desnudado ante Vanya Gromov, éste habría descubierto la pistola, haciendo más difícil su permanencia en el barco.

Vistióse, y, satisfecho de poder conservar el arma, reunióse con su nuevo jefe, quien le mostró un montón de tornillos.

—Ve engrasándolos.

—Sí, señor.

El asombro del muchacho llegó al máximo al descubrir entre los que trabajaban a Adriano Merea, el agente condenado a muerte por ineptitud. El rostro del hombre estaba surcado de profundas cicatrices, sin duda hechas por un látigo.

Se abstraigo en su labor, diciéndose que Epifanio da Souza estaba confundido al afirmar que el montaje no estaría terminado hasta pasadas dos semanas. Sus conocimientos sobre el funcionamiento de motores le permitían calcular que bastarían tres jornadas para ponerlos en marcha.

Un estremecimiento surcó su cuerpo. Al cruzar la cubierta pudo observar que continuaban en ella las cajas de madera enviadas por la empresa en la que su padre prestó servicios, y que él había abandonado sin dar explicaciones a Nicolo Garibotti ni a Fletcher Zanuck. Quizá estaban montando las antiguas máquinas, mientras

todos suponían, a causa de la solicitud de nuevas piezas, que iban muy retrasados los trabajos, y que la permanencia en Lisboa sería forzosamente larga.

Atendió las peticiones de sus nuevos compañeros, familiarizándose con su tarea. El contraamaestre fue indicándole los nombres de las diversas herramientas.

¿Cómo avisar a da Souza de la verdadera situación del «Petrokow» con respecto al estado de sus motores? Era algo no previsto, que debía modificar los planes concertados. El miembro del Servicio Secreto portugués le ordenó que vigilara según las circunstancias lo aconsejaran, procurando establecer contacto con Adriano Merea para ofrecerle la ayuda de las autoridades portuguesas y la libertad a cambio de una completa información con respecto a las actividades de Alexis Grachev.

Sudoroso, Tommy se preguntaba cuándo les darían el descanso necesitado. Las horas transcurrieron lentas para los que trabajaban al estilo de los forzados, sin cruzar palabra, con semblantes torvos, quizá a causa de la fatiga. A las tres de la tarde, Vanya Gromov exclamó:

—¡Basta por ahora, muchachos! Ya viene el relevo. El capitán estará orgulloso de nosotros. Mañana podremos zarpar. A las seis de esta tarde reanudaremos la tarea.

Las palabras del contraamaestre no obtuvieron respuesta. Todos, silenciosos, dirigiéronse a cubierta para lavarse las manos y pasar después al comedor, donde les fue servido un almuerzo abundante, a base de legumbres y pescado.

Wood comió con apetito, y para no destacarse hizo lo mismo que sus compañeros: tenderse en la litera, y procurar dormir. La próxima sesión se anunciaba dura, agotadora.

Tardó en conciliar el sueño, obsesionado por la idea de que Epifanio da Souza quizá no actuase a tiempo por creer que el «Petrokow» continuaría anclado en el muelle cerca de dos semanas. El pensamiento de no ver más a su padre y a Rosa, torturándole, turbó su descanso con extrañas pesadillas. Al despertar sintió que algo rozaba su cara. Era una hoja de bloc que acababa de caerle desde la litera superior, la ocupada por Adriano Merea. ¿Qué le diría el portugués? ¿Y si fuese una trampa para denunciarle luego a Grachev, mereciendo así su perdón?

Miró en torno suyo. Los marineros se hallaban inmóviles, profundamente dormidos. Al tomar el papel le latía el corazón con tal fuerza, que su eco, llegándole al cerebro, le produjo un insoportable dolor de cabeza. Con la nota en la mano, oculta por la manta que tapaba su cuerpo, el muchacho pudo leer:

«Sé quién eres por haber oído una conversación entre Alexis y Vanya. ¿Estás dispuesto a ayudarme? Intentaré apoderarme de la llave del pañol donde se guardan las armas y las municiones. Tu asentimiento debes indicármelo tosiendo tres veces apenas reanudemos el trabajo».

El mensaje no llevaba firma. No era necesaria. ¿Qué resolver? Quizá se tratase de un sondeo para conocer cuáles eran sus verdaderas intenciones, reflejo de las del Servicio Secreto a cuyas órdenes actuaba.

De un modo u otro, Tommy tenía instrucciones concretas en el sentido de abordar al que por su condición de agente a las órdenes de Moscú, quizá conociese la identidad de los que integraban la red del espionaje soviético.

El cansancio le rindió de nuevo. Le parecía que acababa de dormirse, cuando le zarandearon para obligarle a levantarse. Lo hizo con la inquietud de conservar en su poder la nota del portugués. Aprovechando un momento propicio, arrojó el mensaje al mar. Ya en la sala de máquinas, tosió tres veces de forma ruidosa. Adriano Merea, a su izquierda, manipulaba en unos engranajes. Acababa de decidir su suerte o su desgracia...

CAPÍTULO X

Alexis Grachev detuvo un «taxi» en el muelle, y, al acomodarse en el asiento, miró a través de la ventanilla trasera del vehículo, pudiendo ver a un hombre introducirse en un pequeño «Ford», e iniciar la persecución. Habitado a llevar siempre detrás un miembro del Servicio Secreto, encendió un cigarrillo, ordenando al chófer:

—Me sobra tiempo. Vaya despacio, dando un paseo por la ciudad. Ya le indicaré el sitio a que ha de conducirme.

—Como guste, señor.

El capitán del «Petrokow» meditaba acerca de unas palabras de Tommy Wood a las que no aparentó dar importancia, pero que le desasosegaron al oírlas: «Ninguno de los criminales regresará al barco». ¿Sería posible que el muchacho hubiese eliminado a tres de sus mejores hombres? Aunque nadie podía relacionarle con el hecho, tal fracaso indicaba que los portugueses empleábanse a fondo, sin importarles recurrir a la violencia.

¿Cómo cazaron a los que ya estaban informados de que Tommy iba seguido de lejos por miembros del Servicio de Inteligencia? Debían asesinarle y huir sin ofrecer batalla. ¿Por qué no lo hicieron?

¿Y si se tratase de una argucia del muchacho? Tal vez al quedarse solo requirió la colaboración de sus accidentales camaradas para dirigirse al número 22 de Estrada da Pimenteira y sus cómplices no pudieron actuar. Sí, era lo más probable. Por otra parte, en el caso de que hubiesen muerto sus tres agentes, ello demostraría ante cualquier tribunal que él no formaba parte del grupo de sombras a las que Tommy y Rosa vieron cometer el crimen de las inmediaciones de la estación de Cascaes.

¿A qué pensar en coartadas cuando sólo le quedaban unas horas de permanencia en Lisboa? A la noche siguiente zarparía rumbo a

su patria, dejando organizada una nueva red de espionaje y la certeza para sus miembros de que sus jefes superiores no se hallaban lejos, y de que la muerte era el castigo a la ineficacia y la desobediencia.

De todas formas necesitaba librarse de su perseguidor para asegurarse de que a su marcha todo iba a continuar del mismo modo satisfactorio.

Volvióse levemente. El «Ford» le escoltaba confundido entre motocicletas y vehículos comerciales.

—Diríjase a la rua de Salitre, y disminuya la marcha al entrar en la de Vale de Pereiro. Tome. Son cien escudos. Ha de prometerme no extrañarse de nada.

—Prometido, señor.

Grachev, abotonándose la americana, hizo girar la manilla, y en el lugar previsto, fuera de la visibilidad de su seguidor, apeóse en marcha, penetrando en un portal desde el que vio pasar al «Ford» sin que sus ocupantes repararan en la maniobra de su enemigo.

Satisfecho, con una sonrisa de desprecio, anduvo hasta las proximidades del Jardín Botánico, penetrando en una casa frontera. Un portero le abordó:

—¿A dónde va?

—A la clínica del doctor Oliveira.

El que le interrogaba, obsequioso, precedió a Alexis, abriéndole las puertas del ascensor.

—Suba. Llamaré desde abajo.

—Gracias.

El ruso, segundos después, penetraba en una habitación mezcla de sala de espera y oficina, desde donde pasó, conducido por una enfermera, a un despacho en el que había, junto a estantes de libros, varias vitrinas que contenían instrumentos de los utilizados por los cirujanos. Un hombre de unos cincuenta años de edad, incorporóse con deferencia al reconocer a Grachev.

—No le esperaba. Considero imprudente su visita.

—¡Yo no! —repuso Alexis con gesto agrio—. ¿Y la muchacha?

—Tuve que inyectarla por dos veces, para impedir que alborotase. Empieza a preocuparme.

—Quiero hablar con ella.

—¿Va a ponerla en libertad?

Grachev fulminó con la mirada a José Oliveira.

—¡No le importa! ¿Piensa darme órdenes? ¡Limítese a cumplirlas, y no ponga en tela de juicio la competencia de sus superiores!

El médico, mordiéndose los labios, cruzó la estancia y anduvo por un largo pasillo para detenerse ante una puerta, que abrió. En el lecho, bajo la vigilancia de una enfermera de rostro duro, se hallaba Rosa das Neves, quien al ver, al capitán del «Petrokow», preguntó con el espanto reflejado en el rostro:

—¿Viene a matarme? ¿Qué ha hecho de Tommy?

—Cálmate. Nada te sucederá, si eres sensata. A él tampoco.

La excitación que sufría impidió a la joven medir sus palabras.

—¡Miente! ¡Es usted un asesino, un cobarde!

—Esperaré a que dejes de insultarme para explicarte que Tommy está en mi barco en calidad de marinero; con su obediencia salvará tu vida.

—¿Va a llevarle con usted?

—Sí. Es inteligente, y confío en que acepte los hechos tal y como se presenten. Cambiará su pobreza por una posición social inestimable. Si se obstina en su rebeldía...

Alexis abrió los brazos, con las palmas de las manos hacia fuera, en un claro gesto de indiferencia.

—¡No se someterá a usted!

—Peor para él. Esta noche, el doctor Oliveira te llevará a tu casa. Nada gano con tu muerte, y he de cumplir mi compromiso con Tommy. Sé prudente. Si hablas, él será la primera víctima. Adiós, Rosa. No olvides que soy el más fuerte.

Apenas fuera de la habitación, el médico miró inquisitivo a su jefe.

—¿Son esas sus órdenes?

—No. Algo tiene que sucederle a esa chica que la impida constituir un peligro para nuestra seguridad, en especial para aquéllos cuyo domicilio conoce. Debe aparecer muerta transcurridos unos días.

—¿Hasta entonces la tendremos aquí?

—No. Arrójenla al Tajo, con un pesado lastre.

El capitán del «Petrokow» pronunció tales palabras con la frialdad del hombre para quien las vidas ajenas nada representaban.

Agregó:

—Prometiéndole la libertad, se comportará de forma sumisa, sin que el miedo la haga provocar alborotos. Lo demás le corresponde a usted, el más directamente amenazado.

—Descuide. ¿Ha de ser esta noche?

—Sí. Elijan la hora más propicia. Ya no nos veremos hasta un próximo viaje. Quizá no venga yo. Pero quien sea, hablará primero conmigo. No lo olvide.

—Lo tendré presente. ¿Zarpa pronto el «Petrokow»?

—Aún no lo sé —mintió Grachev—. Suerte, Oliveira, y no olvide que mis brazos son largos.

Sin estrechar la mano que el médico le tendía, Alexis abandonó la clínica. Ya en la calle, antes de abandonar el portal, miró los vehículos estacionados en la rua de Salitre, sin que ninguno despertara sus sospechas. Los automóviles particulares inmediatos estaban vacíos. Desde una furgoneta con el anuncio de «Coca-Cola»,

dos hombres suministraban a un bar próximo. Un empleado de correos, de uniforme, con su gran cartera a la espalda, consultaba un paquete de cartas.

Grachev anduvo despacio, y hasta la hora de comer realizó cuatro visitas más a sus nuevos agentes, siempre atento a una posible persecución. En torno a él todo se desarrollaba con normalidad. Sin embargo...

El conductor del «Ford» dióse cuenta de que el «taxi» había perdido a su viajero en la misma esquina de la rua Vale de Pereiro y, sujetando el volante con la mano izquierda, manipuló con la derecha en un reducido emisor-receptor de onda corta para comunicar la noticia a sus camaradas que, con diversos disfraces, iban delante, detrás y junto al vehículo de alquiler, utilizando los más heterogéneos medios de transporte, desde un camión de vías y obras hasta una motocicleta de telégrafos.

No era necesario el aviso del agente, puesto que los seguidores a las órdenes de Epifanio da Souza, habíanse percatado de la maniobra.

A partir de entonces, los miembros del Servicio Secreto se turnaron en la persecución, de forma que ninguno de ellos

permaneciera detrás de Grachev más que unos minutos a fin de que el ruso, al distinguir siempre rostros distintos, no se diera cuenta de que le acosaban.

Las órdenes por onda corta sucedíanse con una cronométrica precisión que hubiese maravillado a Alexis.

—Vuelva a la rua de Salitre. El agente número 3 debe sustituir al 6. Preparada la furgoneta de «Coca-Cola»

para estacionarse. Ésta debe esperar y ser sustituida por el hombre con el disfraz de repartidor de correspondencia, quien comunicará la ruta para ser relevado.

El teniente de la Guardia Nacional Republicana, adscrito al Servicio Secreto Militar, en el interior de un «Cadillac», provisto de potente antena, iba siguiendo a través de un plano el camino de Grachev, y al deducir su futura dirección, ordenaba adelantarse a otros agentes para esperar al ruso en el recorrido, y continuar la apasionante caza del hombre. Rosa hallaríase en cualquiera de los lugares visitados por el capitán del «Petrokow», y disponía se estableciese vigilancia ante tales edificios a fin de impedir que trasladasen a la muchacha.

Los dos oficiales que le auxiliaban en su tarea, permanecían atentos a cualquier mensaje.

—El número 11 informa que el ruso ha entrado a comer en la cervecería «El Dragón», situándose en uno de los rincones de la sala.

—Bien. Que los números 3, 4 y 5 ocupen sucesivamente el mostrador, y que los demás se sitúen en «Bairro Alto», provistos de emisoras de bolsillo. Quizá Grachev no haya terminado de transmitir sus órdenes.

Epifanio da Souza no se equivocaba. A las cuatro y media de la tarde, tras una prolongada permanencia del capitán del «Petrokow» en la cervecería, penetró en varias tabernas próximas al puerto, y, por fin, a las diez de la noche se dirigió al barco.

—Llegó la hora. ¡Den órdenes a los grupos de asalto para que actúen coordinadamente! Los detenidos deben ir a la jefatura del Servicio Secreto.

En el interior del «Cadillac» hubo un largo silencio. Los dos hombres manipularon en los aparatos emisores de onda corta y, transcurridos unos minutos, dijeron a Epifanio da Souza:

—Hecho, señor. ¡No hay novedad! Todos esperan instrucciones.

—Dentro de cinco minutos comenzará la gran redada. Comuníquenlo.

Epifanio da Souza contempló una vez más el gran plano de la ciudad en el que, con lápiz rojo, había trazado el itinerario de Alexis Grachev, marcando con una cruz los lugares en los que permaneció visitando a sus camaradas. ¿En cuál de ellos ocultaban a Rosa? ¿Y si la hubiesen asesinado?

Tal idea, desasosegándole, le hizo mirar su reloj con nerviosismo, en espera de los partes.

José das Neves y su esposa habían ido a visitarle al cuartel de la Guardia Nacional Republicana, en súplica por la vida de su hija, y él les prometió devolvérsela sana y salva. ¿Podría cumplirlo?

—Sin novedad los grupos uno y dos. Hicieron cinco detenciones. Ahora comunica el tres.

Epifanio da Souza los situó en el croquis. Faltaban noticias de rua de Salitre, rua Gomes y rua Joaquín Bonifacio, frente al Hospital Estefanía.

—Pregunten por la muchacha.

—Hasta ahora no ha sido encontrada.

El miembro del Servicio Secreto encendió un cigarrillo para que el tabaco calmase su inquietud. El «Cadillac» se hallaba estacionado en la avenida Duque de Loulé.

—El seis y el siete no encontraron obstáculos. Del grupo cuarto seguimos sin noticias.

—¡Vamos allá! ¡A toda marcha!

El automóvil, con absoluto olvido de las disposiciones de tráfico, enfiló a gran velocidad la rua Braancamp, y, siguiendo la de Castilho, desembocó en la de Salitre, a la altura del Jardín Botánico. La calle estaba desierta y varios coches policiales se hallaban detenidos en ella.

—Permanezcan a la escucha.

Al salir del vehículo, Epifanio da Souza percibió ruido de disparos en el interior de un edificio, y, pistola en mano, penetró en un portal en el que montaban guardia dos miembros del Servicio Secreto, quienes, al identificarle, le saludaron con respeto.

—A la orden, señor. Hay resistencia en el tercer piso, en la clínica del doctor Oliveira. Hemos rodeado la manzana de casas.

Nadie escapará.

El teniente de la Guardia Nacional Republicana, sin responder, deseoso de intervenir en la contienda, subió de dos en dos los peldaños. Al llegar al vestíbulo cesaron las detonaciones. Uno de sus hombres, herido en un brazo, le dijo:

—La muchacha está sin novedad. Tuvimos que matar al médico y a dos enfermeros, que no quisieron entregarse.

—Buen trabajo.

En el pecho de Epifanio da Souza el corazón latió más deprisa al pensar en el gozo del matrimonio das Neves. ¿Y Tommy?...

CAPÍTULO XI

Cuando Vanya Gromov indicó que el trabajo de la jornada había terminado, Adriano Merea, que se hallaba junto al joven Wood, susurró.

—Quédate el último.

Todos se apresuraron a dirigirse al comedor. Tommy se entretuvo unos segundos en limpiarse las manos con unos trapos, húmedos en gasolina. ¿Qué proyectaba el hombre sentenciado por Alexis Grachev? Pronto lo supo. Al aproximarse al pasillo, Adriano Merea empujó con violencia a Wood, cerrando la puerta de la sala de máquinas.

—¡Ven conmigo!

Wood, oyendo las imprecaciones de Vanya Gromov, burlado por la hábil maniobra, siguió al portugués a un corredor del lado opuesto. Al ver un afilado cuchillo en la mano derecha del que iniciaba una lucha a muerte contra sus antiguos cómplices, se detuvo un instante para apoderarse de la automática sujeta con esparadrapo a su pierna. Apenas la tuvo en su poder, dos tripulantes aparecieron ante ellos, procedentes de la proa del barco.

—¡Dispara! —ordenó Merea—. Hemos de alcanzar el pañol de municiones.

Tommy, consciente de la gravedad de la situación, oprimió por tres veces el gatillo, apuntando a las piernas de sus adversarios, quienes, aunque heridos por los proyectiles, pudieron huir. La alarma estaba dada en el navío, y al encerrarse Adriano Merea y el joven en un amplio compartimiento, pudieron oír carreras de hombres y órdenes perentorias.

—¿Y ahora? —inquirió Wood, mirando a su camarada.

—Pediremos ayuda.

—¿Cómo?

—Vas a verlo.

El portugués, con la serenidad del que ha hecho del peligro la razón de su existencia por militar en un Servicio Secreto ajeno a su patria, tomó en sus manos una bengala de las utilizadas en la Marina, atando a la caña una hoja de bloc semejante a la que destruyó Tommy después de leer el mensaje. Luego, sacándola por la portilla, prendió fuego a la mecha.

—Los lisboetas van a verse sorprendidos. ¡Mira!

Siguieron la trayectoria del cohete luminoso. Un golpe en la puerta volviéoles a la realidad. Adriano Merea, mientras repetía el anterior trabajo para enviar un segundo aviso, inquirió:

—¿Qué hay?

Alexis Grachev, con irritada voz, repuso:

—¡Salid inmediatamente de ahí!

—Entra a buscarnos, si te atreves. Antes que rendirnos, volaremos con todos vosotros.

Tommy dióse cuenta de que allí había numerosas cajas de proyectiles, granadas de mano y saquitos de pólvora y dinamita, así como gran cantidad de armas, desde una ametralladora pesada hasta rifles y revólveres.

La segunda bengala surcó los aires, y hubo un largo silencio. Adriano Merea susurró en los oídos del joven:

—¿Sabrás arrojar granadas?

—Sí.

—Tira varias contra el muelle. Hemos de hacer ruido para que las autoridades, olvidando las leyes internacionales, suban al barco y nos liberten. Les haré frente, si los de aquí intentan atacarnos.

—De acuerdo.

Tommy abrió una de las cajas, sacando bombas de mano con mango de palo para facilitar el lanzamiento. Merea tomó una, y dijo:

—Son alemanas. Arrojaré yo la primera.

El portugués situóse junto a la portilla, y, tomando impulso, lanzó la bomba por la abertura circular. Un estallido horriblo sembró la alarma en la zona portuaria de Lisboa.

No bien se hubo disipado en el aire el eco de la explosión, desde fuera dispararon contra la cerradura de la puerta. Los proyectiles claváronse en las paredes. Adriano Merea, apoderándose de una metralleta de tambor, replicó al fuego, a la par que gritaba:

—¡La próxima vez apuntaré a los paquetes de dinamita!

El estruendo de una segunda granada, lanzada ahora por Tommy, ahogó la posible respuesta del capitán del «Petrokow» quien, segundos más tarde, ordenaba:

—¡Salid! ¡Os ofrezco la libertad y la vida!

—No pierdas el tiempo, Alexis. ¡Tu carrera de asesino ha terminado para siempre! ¿Oyes? Son las sirenas de la policía. Dentro de unos minutos invadirán el barco. Arroja otra bomba, Tommy. La última.

El muchacho obedeció, admirando el maravilloso plan de su camarada...

EPÍLOGO

Poco más tarde, fue apresada toda la tripulación, y Grachev, abrumado por el fracaso y las declaraciones de sus cómplices, hubo de confesar la verdad.

—Ordené que asesinaran a Virginia para culpar del crimen al hijo de Michael Wood. Él, desprendiéndose del cadáver, malogró mis esfuerzos. De ahí mis repetidos atentados. Le propuse sacar a su padre de la cárcel para, en la huida, matarles a los dos. Tampoco accedió. Es increíble que un muchacho haya conseguido más que todos ustedes.

Alexis contempló a los que le rodeaban, deteniendo su mirada de modo especial en Epifanio da Souza.

—¿Por qué mataron a Leo Kerr?

—Sus exigencias eran cada vez mayores —repuso el capitán del «Petrokow»—. Actuó sin éxito en varias ocasiones, convirtiéndose en un imprudente. Lo del padre de Tommy no fue previsto por nosotros. La casualidad hizo que le acusaran del crimen, y que el joven comenzara las investigaciones para demostrar su inocencia. ¡Una fatalidad!

—¿Quiénes le acompañaban la noche en que Wood le vio salir del agua? Es inútil que calle. Hemos seguido todos sus pasos, y Fletcher Zanuck y Nicolo Garibotti han confesado ser, con usted, las tres sombras que aterrorizaban a los agentes del Servicio Secreto ruso. No consiguió desorientarme con los que, vestidos también de negro, intentaron eliminar a Tommy a la desesperada. Usted les ordenó hacerlo para que los que le seguíamos, al contemplar el crimen a distancia, no le identificáramos con los que mataron al agente del

C. I. A.

en las proximidades de la Estación de Cascaes. ¿No es cierto que utilizó a la mujer del mirador de Tapada da Ajuda para transmitir

sus criminales instrucciones? También ella está presa. Los nueve agentes desembarcados del «Petrokow» han caído en nuestras manos. Su poder ha terminado, Grachev.

Epifanio da Souza no obtuvo respuesta. Hizo una seña a Tommy, para que saliera de la habitación del detenido.

—Nada nos queda que hacer aquí. Tu padre será puesto mañana en libertad. ¿Qué premio quieres por tu heroica conducta?

—Me considero pagado con la dicha de aquéllos a quienes amo.

—Te honra tu desinterés. Sin embargo, el gobierno, a petición mía, te costeará la carrera de Náutica.

Los ojos de Tommy brillaron felices.

—Gracias. Ya tengo algo que ofrecer a Rosa. Si no le importa, voy a verla ahora mismo.

—Que Dios te guíe.

El teniente de la Guardia Nacional Republicana, conmovido, acompañó al joven hasta la puerta. Ya en el exterior, Wood emprendió una rápida carrera para reunirse con Rosa das Neves. No fueron necesarias palabras. Un fuerte abrazo selló un cariño nacido cara al peligro y a la adversidad...

FIN

Jay sabía que aquel asunto era mil veces peor que un siniestro crucigrama indescifrable... ¡Pero lo que no podía imaginar era que acechaba la muerte desde las cuatro esquinas de la más alucinante aventura de espionaje!



¡Los más expertos sabuesos del F.B.I., moviéndose febrilmente sobre la pista del robo más peligroso y espectacular del mundo: el de la sensacional fórmula de guerra química llamada

EL GAS TERROR

cuya posesión equivalía a disponer del control de millones de vidas humanas!

He aquí realmente la novela que usted esperaba, amigo lector:

EL GAS TERROR

Título de un dinámico y sobrecogedor relato, cuyo apasionante argumento le convierte en una de las mejores y más emocionantes novelas escritas por el famosísimo

KEITH LUGER

y que la gran Colección **SERVICIO SECRETO...** publicará dentro de siete días!

CARTELERA de NOVEDADES



COLECCION PIMPINELA

- Núm. 409 - César de Monterrey
 ■ HURACAN DE PASIONES
 Núm. 410 - Corín Tellado
 ○ SU PECADO
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION ROSAURA

- Núm. 249 - Corín Tellado
 ■ NO SOY LO QUE PIENSAS
 Núm. 250 - Pili G. Rúa
 ○ SAGRADA HERENCIA
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION ALONDRA

- Núm. 88 - Santi del Río
 ■ TERCER PISO
 Núm. 89 - Eva Fernán
 ○ POR MI DAMA
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION BISOÑTE

- Núm. 350 - Fidel Prado
 ■ DUELO A MUERTE
 Núm. 351 - Raf. Seguram
 ○ EL ÚLTIMO TRAGO
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION SERVICIO SECRETO

- Núm. 214 - Alar Benet
 ■ TRES SOMBRAS EN EL SUELO
 Núm. 215 - Keith Luger
 ○ EL GAS-TERROR
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.

○ Volumen recientemente aparecido



COLECCION MADREPERLA

- Núm. 305 - Isabel Solueña
 ■ NUEVO RENACER
 Núm. 306 - Javier de Montalbán
 ○ ESTRELLAS EN EL SUELO
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION AMAPOLA

- Núm. 135 - Cristino Luján
 ■ CAMINO DIFÍCIL
 Núm. 136 - M.ª Pilar de Molina
 ○ AMBICIOSA
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION LAUREL

- Núm. 22 - LAS MEJORES POESÍAS CUBANAS DE AMOR
 ■
 Núm. 23 SANTA TERESA DE JESUS
 APARICION BI-MENSUAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION BUFALO

- Núm. 47 - A. Rolcest
 ■ LOBO SOLITARIO
 Núm. 48 - Charles Domher
 ○ "WINCHESTER" JOE
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION CAMELIA

- Núm. 29 - Carlos de Santander
 ■ SUMISION
 Núm. 30 - M.ª Teresa Largo
 ○ ESTO ES AMOR
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.

○ Volumen de próxima aparición

EDITORIAL BRUGERA

PRECIO EN ESPAÑA: 5 PTAS.

PRINTED IN SPAIN

PRECIO EN LA REP. ARGENTINA: \$3.50

NOTAS

[1] Mil escudos de oro. < <

[2] La Guardia Nacional Republicana es un organismo semejante a la Guardia Civil española; la Guardia Fiscal puede compararse a nuestro Cuerpo de Carabineros. < <

[3] Vendedoras ambulantes de pescado. < <